El Orgullo de los Traidores - Volumen 1: La Ciudad de Los Altos

Capítulo 1

NOTA: La cultura, tecnología y demás detalles obedecen a una temporalidad y contexto propios de esta historia. Lo que existe en el año 1916 en El Orgullo de Los Traidores no necesariamente se acopla a lo que existió en el año 1916 de la historia en la vida real.

LA CIUDAD DE LOS ALTOS

CERO

El clima era cálido esa mañana a pesar de tratarse de los primeros días del octubre otoñal de 1916. Las calles estaban igual que todos los días. La gente iba de un lado a otro sin notarse nada extraño. Entre la multitud, recorriendo una de las zonas más concurridas de la Ciudad de los Altos, iba Roy Leonhartd Velz, destacándose levemente al ser un poco más alto que la mayoría de las personas a su alrededor.

Delgado, de cabello castaño, espeso y casi cobrizo, suficientemente largo como para cubrirle el ojo derecho y las orejas. Sus ojos brillaban como el fuego en un tono ámbar lleno de vida que hacía juego con el albaricoque de su piel. Vestía una camisa a cuadros con tonos blancos y negros bajo una chaqueta marrón abierta, jeans azules y botas de trabajo de color amarillo con suela gruesa.

La gran acumulación de personas a su alrededor era propia de cada mañana en el área comercial más antigua de la ciudad. Pero Roy no era un ciudadano más caminando por ahí, no era su lugar de nacimiento y mucho menos era un destino que visitara con regularidad.

La razón por la que estaba en la Ciudad de Los Altos correspondía a una medida preventiva ejecutada en respuesta a lo que estaba sucediendo al norte de ahí, en la Capital del Estado de Riazor, Nueva Riazor, donde la Insurrección organizada por miembros rebeldes del ejército derrocó al Gobierno Estatal.

Y es que el Estado de Riazor (Noroeste) era uno de los cinco que conformaban la Gran Nación de Ceres, junto al Estado Imperial (Noreste), el Estado Real de Ceres (Centro-este), el Estado del Sur y el Distrito Capital (Centro), organizados cada uno con su propia sede de gobierno y

ejército por la Corte Real, la máxima institución gubernativa del país.

La gran gestión de la Corte Real se ha traducido en una nación próspera, educada y llena de oportunidades a través de los años, hasta el punto en que un conflicto a gran escala era algo impensable para sus habitantes. Pero fue bajo esa imagen de perfección que la Insurrección triunfó y con Nueva Riazor en sus manos, los rebeldes pasaron a llamarse a sí mismos "Libertarios", fijando sus propias leyes y sus nuevas fronteras al sitiar la parte norte del estado, prometiendo llevar la liberación a todas las ciudades de la Gran Nación.

A poco más de dos meses desde entonces, poco se sabía sobre lo que sucedió exactamente en Nueva Riazor, pero las historias que venían con los refugiados no daban un buen augurio, haciendo parecer esa promesa de libertad una gran amenaza para la Ciudad de Los Altos, que se encontraba a menos de 100 kilómetros de las nuevas fronteras.

Permitirse un desastre a gran escala no es opción para la Corte Real. Por ello ningún indicio debía pasar por alto, cualquier señal o pista debía ser reportada inmediatamente, siendo Roy uno de los cientos de observadores que recorrían las calles de la ciudad en busca de cualquier detalle que pueda delatar las intenciones de los Libertarios.

UNO

Tal como cualquier urbe, la Ciudad de Los Altos alguna vez fue un pequeño pueblo que con los años fue creciendo de manera desmedida y descontrolada al paso que ganaba importancia económica, política y social. Como resultado de esta expansión a través de los años, su arquitectura terminó llena de contrastes, destacándose marcadas diferencias entre el área más moderna y el área más antigua.

En la primera, las calles eran amplias y de varios carriles, con altos edificios de no menos de catorce pisos y enormes centros comerciales cerca de áreas habitaciones que eran muy cotizadas debido a las ventajas de la zona.

En la segunda, las calles eran angostas y de una sola vía, algunas empedradas y otras pavimentadas. Los edificios no eran más altos de ocho niveles y su principal encanto estaba en el diseño renacentista de sus teatros, palacios, iglesias y comercios, los famosos Edificios de Cristal, llamados así por el misterioso material de color blanco brillante, que nadie nunca había podido replicar, del que estaban construidos.

Inspeccionar una ciudad tan grande sin duda era un problema. Sin embargo había suficientes observadores como para distribuirlos en áreas

maso menos pequeñas. No tenían más que sus piernas para movilizarse, pero esto no parecía molestar a Roy, que fue asignado al centro del área antigua.

Su día pasaba caminando por las calles en busca de cualquier cosa sospechosa, por más pequeña que fuera. Sin duda era un trabajo muy serio y muy meticuloso, pero a pesar de sus esfuerzos por mantenerse atento, la verdad era que Roy tendía a perder la atención por momentos. El día anterior, revisando el lado norte, se distrajo muchas veces por lapsos prolongados. Temiendo haber pasado por alto alguna pista, se propuso mantener la concentración durante su segundo día, pero por más que se esforzara y revisara, todo se veía demasiado normal.

Las calles que recorría esa mañana eran angostas y sucias. La multitud caminaba por todos lados chocándose entre sí sin siquiera voltearse a ver. Los edificios no tenían mayor encanto y más bien parecía que podrían derrumbarse en cualquier momento. Avanzar era casi imposible. Había ventas hasta en el pavimento, llegando al extremo de cerrar calles y avenidas.

Cayendo víctima de la claustrofobia, Roy prefirió detenerse un momento en una miscelánea donde compró una gaseosa en botella de vidrio. El caótico desorden era algo común del mercado del sur, un área comercial que originalmente se limitaba a un único edificio donde los habitantes de la ciudad compraban alimentos y otros productos varios, y que fue desbordándose con los años hasta el punto de abarcar varias manzanas a su alrededor.

—¡Ah! —Suspiró decepcionado, luego de darle un trago a la botella—. En serio me cuesta creer que este caos pertenezca a la misma ciudad de los Edificios de Cristal.

Dirigió sus pasos hacia donde la acumulación de personas parecía ser menor, atento a cualquier pista que pudiese valer la pena en lo alto de las casas y edificios. Unos cuantos pasos adelante, fue tomado del codo y halado hacia atrás bruscamente. El característico sonido de las ruedas de caucho deslizándose sobre el pavimento se escuchó en el momento que un camión se frenó de golpe.

Roy cayó en la cuenta de que la banqueta se había acabado, y aunque dicho transporte no iba muy rápido, seguramente se hubiese llevado un buen golpe de no ser por la persona que haló de él.

—¿Qué pasa contigo? ¿Quieres morirte? —regañó inmediatamente una voz femenina.

Se volteó y lo primero que vio de su salvadora fue su mano sosteniéndolo del codo aún. Su piel era tan blanca como la nieve y sus uñas alargadas y

recortadas. Su brazo era delgado y su cuerpo en general también lo era. Lucía su pecho tras el escote de su blusa negra sin mangas. De rostro ovalado y grandes ojos azules. Pelirroja, cabello lacio y largo sostenido como una cola de caballo que le caía hasta la mitad de la espalda, con un pequeño fleco que bordeaba su ojo derecho.

—¡Oye! ¿Me estás escuchando?

—Eh, sí, sí —reaccionó nervioso, su cara enrojecida ya decía suficiente—. Perdona las molestias, gracias por salvarme.

—¿Estás bien? —Notando lo obvio, suavizó su tonó, pero sin perder el temple de seriedad—. ¿Qué tal algo de beber para pasar el susto?

—Eh, no, gracias. Justo acababa de comprar una gaseosa.

—Ah, muy bien entonces —sonrió, dejando ver lo grande y bien alineado de sus dientes.

—Em, gracias por ayudarme. Mi nombre es Roy. Mucho gusto.

—Mucho gusto, Roy. Ten más cuidado.

Ondeando la mano suavemente para despedirse, ella redirigió su paso en dirección al norte sobre la avenida. Roy asintió y dio un gran trago a su gaseosa, suspirando fuertemente antes de ver hacia ambos lados, cruzar la calle y seguir su camino.

DOS

Luego de unas horas, el inicio del atardecer se encontraba con Roy en la Plaza Central de Los Altos, un espacio abierto con varios jardines pequeños, donde también se exhibían algunos monumentos que formaban parte importante de la historia de la ciudad.

La Plaza Central era un lugar donde mucha gente se reunía a pasar el rato, principalmente estudiantes que salían de sus escuelas y colegios, o adultos mayores que gustaban de tomar aire fresco mientras disfrutaban del mejor de todos los espectáculos que el área antigua tenía para mostrar.

Y es que al atardecer, la luz del sol se reflejaba en los edificios del Palacio Municipal y la Catedral de Los Altos, haciéndolos brillar en un hermoso color dorado. Ambos edificios se encontraban el uno frente al otro, siendo separados únicamente por la Plaza Central, cuyo suelo también estaba hecho del material misterioso y brillante de color blanco cristal, lo que hacía de este espacio un lugar ideal para presenciar el dorado brillo del

atardecer.

Era el segundo día y todo era en extremo normal. No había nada raro que Roy pudiera reportar, aunque claro, él no era alguien que conociera el día a día de esas calles. Aun así, Roy trataba de enfocarse y hacer su mejor esfuerzo por apoyar en su misión. Después de todo, tenía sus propias razones para querer evitar una masacre como la acontecida en Nueva Riazor.

Por lo mismo, caminó todo el día. Comió en los puestos callejeros. Intentó hablar con las personas que frecuentaban dichos lugares. Al caer la tarde, volvió al Mercado, aprovechando que las tardes hay menos gente circulando y son mucho más tranquilas que las mañanas. Y ahora, a medida que bajaba el Sol, la luz dorada de los edificios le presentaba su recompensa.

Toda el área antigua de la Ciudad de Los Altos era reconocida por sus habitantes y sus turistas como un tesoro, un patrimonio que no existía en ningún otro lugar del mundo. El dorado de la luz no solo llenaba las paredes de los edificios cercanos, sino que también parecía iluminar el ambiente, permaneciendo su brillo después de ocultarse el sol.

Roy contempló asombrado este extraño espectáculo. Sonrió melancólicamente mientras el suelo y la banca sobre la que estaba sentado empezaban a brillar. Fuerte frío de la tarde parecía desvanecerse entre la luz dorada. Los ojos de Roy parecieron encenderse, tal como una fogata en medio de una madrugada fría, para luego empezar a opacarse a medida que las lágrimas empezaron a brotar.

TRES

Luego de que las luces en los Edificios de Cristal se desvanecieran, Roy se levantó y se dirigió hacia el lugar donde se estaba alojando, el Orfanato de Riazor, que no era más que un pequeño complejo de cuatro edificios, el cual fue utilizado durante muchos años por una de las familias más importantes de la ciudad para el propósito que dicta su nombre y para ese entonces era utilizado como un centro de alojamiento para los refugiados que no dejaban de llegar del norte del Estado de Riazor.

Tres calles al norte de la Plaza Central, lo primero que se notaba era un edificio de tres niveles de paredes color corinto con ventanas cuadradas y pequeñas. En el primer nivel había unas cuantas oficinas y un gran salón, junto a algunas aulas y salas de estudio que ahora estaban llenas de literas y colchones. El segundo y tercer nivel, por su parte, sí tenían grandes habitaciones pensadas para ser usadas como dormitorios con dos

bodegas en cada piso.

La entrada se ubicaba al centro de la fachada, siempre resguardada por un portero que abría y cerraba las dos grandes puertas de madera cada que alguien entraba o salía. Una vez adentro, un corto pasillo dirigía hacia el patio con techo de metal que se encontraba al centro de todo el complejo. Podían verse literas y colchones ahí debido a la sobrepoblación en el edificio de dormitorios. Tres pequeñas estructuras de un nivel se alzaban alrededor, a la derecha la cocina y el comedor, a la izquierda la oficina de la administración y al fondo la biblioteca.

Roy era el único observador en el Orfanato, pero a diferencia de los voluntarios que atendían el lugar, no dormía con los refugiados. Más bien, ocupaba una de las bodegas del segundo piso como habitación y uno de los sofás guardados ahí como cama. No había más observadores ahí ya que no había espacio para quitárselo a quienes realmente lo necesitaban. Sin embargo había muchos que sí llegaban al Orfanato para hablar con los refugiados y documentar sus testimonios como parte de sus inspecciones.

El frío se hacía más agresivo cuando Roy cruzó por la puerta de entrada, notando la diferencia entre la temperatura de la calle y el cálido interior del edificio. El escándalo se había más fuerte con cada paso hacia adelante, niños que gritaban, adultos que reían o lloraban. En la pared el reloj marcaba las siete de la noche y un poco más, al fondo los voluntarios corrían de un lado a otro en medio de la hora de la cena organizando la repartición de la comida.

—No quiero tener nada que ver con esto.

Intentando no llamar mucho la atención, se dirigió rápidamente hacia las escaleras que estaban entre el comedor y el dormitorio, subiendo los escalones de tres en tres. En el segundo nivel no había nadie repartiendo cenas aún, por lo que se apresuró a recorrer el pasillo a paso veloz. A su derecha se podía ver el techo del patio, así como el tejado de los otros tres edificios del Orfanato y algunas de las casas vecinas, mientras que a su izquierda estaban las habitaciones.

Llegó al fondo del pasillo sin que nadie lo viera y abrió la puerta de la madera de la bodega que había usado como habitación desde su llegada a Los Altos. Era un lugar muy pequeño, con un único sillón para tres personas, sin posa brazos, pegado a la pared de la derecha frente a un estante con pintura, clavos, herramientas, y cosas de ese estilo.

Tomó el grueso edredón y lo tendió sobre el sillón. Todo lo que quería en ese momento era descansar. Tomó su maleta, cerró la puerta y encendió la luz, sacó un pants de pijama de color azul y una camiseta blanca. Se cambió y volvió a apagar las luces, se acostó sobre el sillón y luego de un

momento se quedó dormido.

CUATRO

La Ciudad de Los Altos tenía un clima predominantemente frío. Los veranos solían ser cálidos y frescos, mientras que las nevadas no faltaban en invierno. Pero como transcurrían días de octubre, el otoño ya empezaba a manifestarse en las hojas de algunos árboles y en las frías tardes cuando recién el reloj marcaba el crepúsculo, enfriando cada vez más a medida que avanzaba la noche.

Sin embargo, adentro de la bodega el frío era casi imperceptible gracias a que Roy terminó envolviéndose en el edredón luego de unos minutos y la tela del sillón también era bastante cálida. La única evidencia del potente frío exterior se manifestaba en la pequeña ventana que empezaba a empañarse.

No le fue difícil dormirse, pero sí tomó un rato debido a lo activa que era su mente. Cuando el límite entre los sueños y la realidad se hizo difuso, su consciencia somnolienta se transportó fuera de aquel pequeño cuarto hacia un lugar que no conocía, una calle empedrada con edificios muy antiguos a los lados.

Estando de rodillas en medio de aquella calle de piedra, su cuerpo se sentía pesado. No había nadie, solo aquellas edificaciones que parecían extenderse indefinidamente hacia el horizonte. En un comienzo no había frío, más bien todo empezaba a sentirse cada vez más cálido conforme pasaba el tiempo.

Sus ojos seguían adormecidos y cuando bajó la mirada para frotárselos, todo cambió. El apacible entorno fue reemplazado por la imagen de los edificios en llamas, derrumbándose a pocos metros de él, que no podía moverse, no podía hablar, solo estaba ahí, sabiendo que todo era un sueño.

Un estruendo rompió el silencio y Roy buscó su origen con la mirada. Un zumbido lo acompañó y se hacía cada vez más fuerte. Los alrededores empezaron a emitir una luz blanca que se hacía más y más brillante. Roy sintió que se ahogaba.

Y entonces todo se detuvo, y lo que quedaba era un lienzo en blanco, cenizas de color blanco cayendo al suelo, cubriéndolo como nieve. Roy seguía arrodillado, la ceniza ya había enterrado sus piernas hasta la altura de su cintura. Un paraje tan hermoso y a la vez tan aterrador.

—Ella ya viene —escuchó de una voz que no pudo reconocer.

El silencio del entorno resultaba desesperante. No había nadie más, no había nada más. Y de pronto, estaba ella, que apareció frente a él de la nada, vestida con una capa de piel de color marrón que contrastaba con lo níveo del paisaje. Su piel era tan blanca como todo lo que podía ver. Su largo cabello dorado se colaba sobre sus hombros, cayendo como suave cascada hasta su cintura. Se percibía hermosa, aunque era imposible distinguir su rostro. Roy podía ver sus pies descalzos, hundiéndose entre el manto blanco.

—¿A quién… te refieres?

Capítulo 2

REFUGIADO

CINCO

Las risas y los gritos de los niños jugando al otro lado de la puerta eran cada vez más fuertes. Para Roy fue como empezar a activar los sentidos poco a poco al paso que despertaba lenta y perezosamente. Retorciéndose entre el edredón, dio un par de vueltas en el sillón hasta caer al suelo, bocabajo y sin mucha gracia.

—Agh —se quejó, dándose la vuelta para sentarse sobre el suelo—. Eres todo un campeón, Roy. ¿Cayéndote de la cama con 20 años? Qué vergüenza, por Dios.

Su vista no tardó en ajustarse. Notó el sillón y se dio cuenta de que no estaba en el lugar donde creía estar. Su sueño fue tan profundo, que por un momento las imágenes más profundas en su mente salieron a la luz.

—Ah, bueno —suspiró—. Por un momento pensé que estaba en casa.

La luz se colaba por la ventana, pero el tamaño de esta no era suficiente como para iluminar completamente el lugar. Con un poco de pesar, Roy estiró las piernas y los brazos, recordando algo importante.

—Oh, mierda. ¿Qué hora es?

Se levantó y abrió la puerta, encandilándose por la fuerte luz exterior. Había demasiado ruido como para que fuera temprano, los niños correteaban por el pasillo de lado a lado. Roy dio un par de pasos hacia su derecha, donde se encontraba colgado un reloj de pared que marcaba las 9:43 de la mañana.

—Ah, era de esperarse —se reprochó con desgano, estrellando la palma de su mano derecha contra su frente—. Tuve que salir desde las siete.

SEIS

El tercer día en Los Altos empezó tarde, pero no valía la pena preocuparse por el tiempo perdido, era una mañana hermosa después de todo. Roy regresó a la bodega y se dirigió hacia la maleta con rodos de color negro que se encontraba recostada sobre el suelo, al pie del estante. Sacó un

jabón de barra a medio usar y una botella pequeña de champú, envolvió ambos con la toalla que colgaba en el pomo de la puerta y se dirigió a tomar una ducha.

El pasillo era largo y al otro lado de la pared había tres grandes habitaciones llenas de literas. Los baños estaban junto a las escaleras, al extremo contrario de la bodega donde Roy dormía. Dirigió sus pasos en automático hacia los baños, mientras su mente empezó a generar diversas alternativas para aprovechar el tiempo. Si volvía más tarde, podría recuperar al menos hora y media, si comía mientras caminaba, recuperaría alrededor de una hora más.

O al menos era eso lo que planificaba cuando todos sus pensamientos fueron sacudidos fuertemente al chocar contra una persona que salía apresuradamente por la puerta de una de las habitaciones. Roy retrocedió un par de pasos, entrecerrando los ojos y dirigiendo la mano izquierda hacia su pómulo derecho, el lugar del impacto.

Levantó la mirada luego del aturdimiento, al frente suyo había una mujer que arqueaba la espalda y dirigía su cabeza hacia abajo con aparente dolor. Cubría su frente con ambas manos y se quejaba. Pero lo primero que resaltó para Roy fue su peinado, pero no por el estilo sino porque era pelirroja y llevaba atado el cabello en una cola de caballo. De piel tan blanca como la nieve y vistiendo una holgada camiseta de color púrpura y un short playero de color blanco que dejaba a la vista la definida curva de sus piernas.

Al dirigir la mirada hacia él, sus ojos azules brillaron por la sorpresa reflejada en el rostro de Roy. Era la misma persona que había evitado que lo atropellaran el día anterior.

—Tú… ¿qué haces aquí? —cuestionó ella con expresión atónita—. ¿Eres voluntario?

—Eh… podría decirse que sí. —Quitó la mano de su mejilla, mientras relajaba su postura y sonreía, con cierta incomodidad—. Esto es un poco sorpresivo, parece que otra vez caminaba distraído. Perdón.

—Ah, no, no. —Enderezó la espalda y agitó ambas manos en negación—. Yo fui quien salió apresuradamente, no tienes qué disculparte.

—Oh, ¿fue así?

—Sí, así fue.

—Vaya… ¡Oh! ¡Espera! —Cayó en cuenta que no había tiempo para esa conversación—. Lo siento, voy tarde y ni siquiera me he duchado. Nos

vemos después.

—Oh, está bien. Nos vemos…

Roy dirigió sus pasos apresurados hacia los baños, mientras la chica observaba cómo se alejaba de ella. Llevó su mano derecha hacia su frente, lugar donde impactó al chocar con él, pronunciando una sola frase para expresar su sorpresa ante el encuentro:

—Este realmente es un mundo muy pequeño.

SIETE

—Hm, diez y nueve. No está mal —declaró Roy frente al reloj de pared.

Eran unos minutos más de lo planeado, pero considerando el inesperado reencuentro con la chica del día anterior, parecía bastante aceptable aún. Declarando su satisfacción, Roy empezó a caminar por el pasillo, de cara a iniciar su trabajo.

A diferencia de los días anteriores, decidió cambiar la chaqueta marrón y las camisas de botones por una camiseta holgada de color blanco y un sudadero cerrado blanco con capucha. Su cabello seguía un poco húmedo, pero eso no sería un problema luego de caminar unos minutos bajo el sol. Buscaba verse más casual porque así le tomaría menos tiempo arreglarse, pero claro, las botas amarillas estaban fuera de discusión, contrastando con el negro de sus jeans.

—Bueno, compensaré el tiempo perdido caminando un poco más. Supongo que, si nadie se da cuenta, no hay problema si vuelvo algo tarde.

El plan estaba sobre la mesa y Roy parecía animado por ello. Si el problema fue que se demoró por la mañana, lo más lógico parecía ser retrasar la jornada. No iba a complicarse la vida ni a estresarse con ello, pero claro, los planes no siempre salen como se espera.

—Un momento, ¿Eres tú, Leonhartd? —llamó una voz conocida, a su espalda.

Roy reconoció la voz inmediatamente y empezó a apresurar el paso sin ser demasiado obvio. Del interior de uno de los dormitorios salió Matheo Bellamy, un chico extremadamente delgado, de cabeza pequeña y cabello recortado, moreno y un poco más bajo que Roy. Se trataba del líder de los voluntarios y el encargado de supervisar las acciones de los observadores.

Encontrarse con él casi era asegurar que su retraso sería descubierto y, de ser así, le esperaba un gran regaño. Pero Roy no iba a huir de su superior, ni tampoco iba a ser regañado sin intentar darle la vuelta a la situación primero. Tomó fuerzas en un gran suspiro y volteó a saludar a Matheo con bastante cordialidad, como si no pasara nada.

—Buenos días, Matheo.

El supervisor dirigió sus pasos hacia Roy que se encontraba unos metros por delante. Matheo era conocido por ser alguien muy responsable y así exigía a los suyos ser de la misma manera. No era abusivo, ni agresivo, pero sí estricto y no se dejaba llevar por aquellos que intentaban aprovecharse de él. Su compromiso podía verse claro en lo exageradamente bien planchado de sus camisas, que en su mayoría eran lisas y de colores claros, llevándolas siempre dentro del pantalón y con las mangas recogidas. Usaba jeans de color azul muy ajustados, zapatos casuales y, esa mañana, una gabacha de color rojo. Al parecer estaba ayudando con la limpieza.

—¿Qué estás haciendo aquí, Leonhartd? Pensé que ya estabas inspeccionando las calles —cuestionó con sospecha.

—Bueno, en eso estaba, pero… digamos que algo sucedió afuera y tuve que volver para cambiarme y tomar un baño nuevamente —disparó su coartada, improvisando un tono de pena y aparente molestia. Tenía que hacerlo creíble.

—Oh, ¿qué te pasó?

—Preferiría no hablar de eso. —Bajó la cabeza, con auténtica vergüenza.

—¿Tan malo fue?

—No realmente, pero tengo prisa y no quisiera perder tiempo contando algo tan insignificante.

—Pero ¿estás bien? ¿No te lastimaste o algo así?

—Eh, no. Solamente fue algo… vergonzoso.

—¿Estás seguro que no quieres hablar de eso?

—Completamente seguro.

—Bueno, está bien entonces. Pero si te pasa algo de este tipo, debes avisarme.

—Lo siento, pero no me sentía de humor para pasar a reportar.
—Empezaba a impacientarse, quería salir del Orfanato lo antes posible.

—Ah, muy bien, lo entiendo. Pero ya que te encontré aquí, ¿vas para la calle, verdad?

—¿Hm? Sí, ¿necesitas algo? —En sus pensamientos, empezaba a preguntarse cuánto más iba a hacerlo perder el tiempo.

—Bueno… se presentó algo hace unos momentos. ¿Puedes hacerme un pequeño favor?

—Primero necesito saber qué tipo de favor es.

—Es algo sencillo. —Empezó a buscar en sus bolsas, sacando un par de billetes—. ¿Podrías comprar algo de comer para alguien que no logró desayunar hoy?

Matheo extendió sus manos hacia Roy, esperando que tomara los billetes con una expresión de seriedad. Roy lo vio con cara de fastidio, después de todo no era una acción poco común en su superior. El supervisor era conocido como alguien estricto, pero también era alguien caritativo y noble.

Si se aprovechaba de esa nobleza, Roy sabía que podía evitar ser descubierto al arrojar un par de mentiras cortas, pero ahora había un deseo de buena fe en el camino. Era el colmo, no solo despertó tarde y había mentido, ahora estaba involucrado en algo que no quería hacer.

—Esa persona… ¿no puede ir a comprar su propia comida?

—Se trata de un refugiado, no tiene dinero. Además los controles del Orfanato son muy estrictos, ellos no pueden salir cada que se les antoje.

—Ah —suspiró fastidiado—. Bien, iré a buscar algo. Pero debo decirte que yo tampoco he desayunado hoy. Te haré este favor a cambio de un breve receso en mis actividades para comer.

—¿Cómo? ¿No has desayunado? —gritó indignado.

—Ya sabes, —siguió, sin inmutarse, con tono de molestia—, tengo que salir temprano y a veces es complicado conseguir cosas afuera a esa hora.

—Bueno, me parece un trato justo. Trae algo de comida para esa persona y acompáñala un rato.

—¿Acompañarla? —Hizo una pausa— Espera, ¿una mujer?

—Sí, una señora, de hecho. Ella está ayudándome a organizar unas cuantas cosas en la terraza del dormitorio. Como eres un observador, creo que no te hará mal convivir un poco con los refugiados. —Bajó la mirada—. Realmente te cambia la percepción escuchar sus historias.

—¿Sabes realmente qué hace un observador, Matheo? No tengo tiempo para tertulias.

—Es obvio que lo sé, soy el supervisor de los observadores. Pero en tu caso, sé también qué tipo de persona eres y me gustaría que convivieras más con los refugiados.

—¿No crees que ese es un razonamiento un poco…?

—¿Subjetivo?

—No estoy seguro de esa palabra, pero se acerca —alegó escéptico.

—No te hagas el difícil conmigo, Roy. Somos excompañeros de la secundaria. Solo hazme este favor como amigo, no como observador.

—Ah, qué molestia —reprochó—. Puedo comprar el desayuno para esa persona, pero prefiero comer solo. Ten presente que estás sacando a un observador de sus funciones, ¿estás listo para responder ante eso?

—No, si haces eso, no vas a convivir ni un poco. Si puedo sensibilizarte aunque sea lo mínimo, haré todo lo posible.

—¿Sensibilizarme? ¿Qué pretendes, Matheo?

—Ya te lo dije, hacerte convivir con los refugiados.

—Agh, ya lo dije yo también, solo iré a comprar la comida.

—¡Hey! Si no cumples, voy a reportarte —levantó levemente la voz.

—¿Reportarme por qué? ¿Por imponerme otras cosas qué hacer que son diferentes de las de mi cargo? ¿Acaso no puedo reportarte yo por eso también? Si me lo pones así, hubiera preferido caminar empapado por la ciudad en lugar de tener esta discusión contigo.

Roy empezaba a molestarse, pero no dejaba de lado la coartada. No podía decir que su prisa obedecía al hecho de no haber hecho nada en sus inspecciones en lo que iba del día. Tampoco quería comer con un refugiado y no era que tuviera algo contra ellos, sino que tendía a sentirse incómodo si otras personas que no conocía lo veían comer o le hablaban

mientras lo hacía y ese estrés también resultaba en un malestar estomacal tremendo después. Era más una cuestión de salud mental que un capricho, pero él no quería decírselo a Matheo.

—Te lo pido, como amigos que somos… espera, ¿caminar empapado? ¿qué diablos te pasó allá afuera?

—¡Ah! ¡Cállate! ¡Lo haré!

Roy se dio vuelta, redirigiendo sus pesados pasos hacia las escaleras. Matheo parecía decaído, pero esperaba que Roy siguiera sus instrucciones y hablara con la persona que se quedó sin comer. El supervisor sabía que su amigo perdía la paciencia fácilmente, pero no era una mala persona. Era un detalle que había aprendido de sus tiempos juntos en la secundaria.

—De cierto modo has cambiado mucho, Roy, pero esto es necesario, debes enfrentar la misión real de los observadores y voluntarios.

OCHO

Roy ya conocía bastante del área norte del casco antiguo de Los Altos gracias a que fue el primer lugar que exploró durante su primer día y sabía que a pocos metros de la entrada del Orfanato había una fonda.

Se trataba de un pequeño local que tenía unas pocas mesas de madera pegadas a las paredes, con el mostrador y la cocina al fondo. Los dos días anteriores había desayunado ahí ya que era barato y la comida era bastante buena. Consideraba esa fonda uno de los tesoros ocultos de Los Altos por estas dos características.Al llegar no había mucha gente en el local, así que entró directamente hacia el mostrador.

—¿Tiene aún algo para desayunar? Necesito dos desayunos para llevar.

—Por supuesto, joven.

La encargada del mostrador era una chica de cabello oscuro y recortado a la altura del cuello. Luego de atender amablemente la petición se dirigió a la cocina para preparar el pedido. No tomó más de unos pocos minutos que regresara, esta vez con dos bandejas de plástico dentro de una bolsa del mismo material en color blanco.

—Aquí tiene —anunció alegremente.

—Muchas gracias, ya le pago.

Roy sacó de su billetera una tarjeta de metal plateada. Se trataba de una credencial muy rara, pero de la cual todos los comerciantes estaban enterados. Si alguien intentaba pagar con esta credencial, el vendedor no tendría de otra que aceptar el pago, anotando el código del portador en un libro de crédito con el cual luego podía ir a reclamar su dinero a cualquier banco.

Luego de firmar y recibir de vuelta su credencial, Roy tomó la bolsa y regresó al Orfanato. "No solo me levanté tarde y mentí, ahora estoy metido en una obra de caridad", lamentaba en sus pensamientos. "Pero… ¿esto no puede considerarse parte de mi trabajo después de todo? No tengo problema en llevarle el desayuno, lo realmente malo es que soy terrible para conversar. Es muy probable que Matheo esté en contacto con esa persona, así que sabrá si intento huir del asunto. Agh, parece que tendré que comer con ella, ¡no puedo arriesgarme a un reporte!".

—¡Ah, por Dios! Solo es ir a comer con una señora, ¿qué tan malo puede ser?

NUEVE

La terraza del dormitorio era el lugar donde se colgaba la ropa luego de ser lavada. Estaba completamente circulada con malla metálica de dos metros de alto para evitar accidentes y un tercio de su superficie estaba bajo un techo de metal sostenido por columnas de madera, el cual protegía del sol a las lavadoras y lo estantes que había ahí. No tenía paredes por ningún lado más que las que protegían las escaleras, así que las cosas que se guardaban en los estantes debían poder resistir tanto el calor como la lluvia.

Al momento de pisar el último escalón, Roy notó los estantes frente a él, llenos de platos, ollas, sartenes y una que otra estufa de mesa. A su izquierda estaban las sábanas colgando de los tendederos, mientras que a la derecha estaba la malla que limitaba el perímetro y dejaba correr el aire bajo el caluroso techo de metal.

El paisaje de la ciudad a través de la malla parecía traerle recuerdos. Eran solo unos pocos edificios los que sobresalían entre el mar de tejados y terrazas, pero aun si no parecía la gran cosa, la vista era hermosa para él.

A su espalda escuchó un correteo, eran pasos cortos y torpes. Roy volteó hacia los tendederos, encontrando con la mirada a un pequeño niño que abrazaba a un oso de peluche blanco. Parecía asustado y curioso a la vez

por la presencia de Roy, quien le sonrío suavemente.

—Buenos días. Vengo de parte del jefe de los voluntarios, hay alguien por aquí que no logró desayunar, ¿cierto?

—Mi mamá no comió hoy por darme su comida a mí —respondió con voz muy baja.

—¿Puedes llevarme con ella? Traje algo de comida para ella.

—¿De verdad?

—Así es.

El niño levantó la mano, como pidiéndole que lo acompañara. Roy asintió y caminó detrás de él. Tomando en cuenta la que vio al llegar, había un total de 5 filas de estanterías. El niño dirigió a Roy hacia el espacio que había entre la cuarta y quinta filas, donde había una mujer sentada sobre el suelo, cosiendo algunas sábanas.

—Mami, este señor trajo algo de comida para ti —anunció el niño.

A primera vista, lo primero que notó Roy fue lo largo de su cabello, el cual ya tenía muchas canas. Era delgada y parecía muy concentrada, pero al escuchar la voz del niño volteó inmediatamente. Su rostro era pequeño y ovalado. Su piel ya empezaba a estirarse y arrugarse. De pequeña sonrisa y grandes ojos de color marrón.

—¿Qué estás diciendo? Ya te dije que no tengo hambre —declaró con tono dulce y cálido.

—Buenos días —saludó Roy—. El supervisor escuchó de su caso, así que me pidió que trajera algo para usted. No es algo muy ostentoso, pero le ayudará a llegar al almuerzo.

—Buenos días, joven —devolvió el saludo de forma un poco inexpresiva—. Agradezco mucho que me trajera algo para comer, pero insisto en que no tengo hambre.

—¿Perdón?

—La verdad es que no había mucha comida en la mañana y ella no quiso comer por darme su desayuno —repitió el niño, acercándose a abrazar a su madre y haciéndola sonrojar.

—¡Oye! ¡No seas indiscreto! —regañó ella, jalando un pequeño mechón de

cabello del niño.

—Oye, no seas mentirosa, mami.

Ambos parecían discutir amablemente. Roy vio la escena con un poco de incomodidad y a la vez con algo de ternura. “Me recuerda mucho a alguien”, pensó, y tomando aliento, dio un par de pasos hacia adelante y se sentó sobre el suelo anunciando:

—La verdad es que yo tampoco he desayunado, así que ¿por qué no comemos los tres aquí? No creo que el pequeño se calme hasta que usted coma, señora.

—¡Es cierto! —gritó el niño—. No estaré tranquilo hasta que comas, mami.

—Ah, en serio son tercos —habló con cierta molestia—. Bueno, si comemos los tres, supongo que no hay problema.

—¡Sííííí! ¡Así no habrás quedado sin desayunar, mamita!

—Mi nombre es Roy, ¿y los suyos? —preguntó, mientras empezaba a sacar las bandejas de la bolsa.

—Mi nombre es Edward, —siguió el niño—, y mi mamá se llama Mary.

—Mucho gusto, joven. Mary Cartago para servirle —se presentó, con cierta incomodidad notándose en su voz—. Edward, estás hablando de más, contrólate por favor.

—Perdón, mami. —Frotaba la mejilla sobre el cabello de su madre.

—No se preocupe por eso —aclaró Roy—. El nombre Cartago es del norte de Riazor, ¿no?

—Así es —habló con voz melancólica—. Mi niño y yo vivíamos muy cerca de Nueva Riazor. Somos refugiados.

—Lamento mucho su posición.

—¿Lo lamenta?

—Bueno, sí.

—¿Cómo puede lamentarlo solo así? ¿Acaso usted estuvo en Nueva Riazor los últimos días?

—No, pero estoy informado de casi todo lo que podría saberse. Tome. —Extendió la bandeja hacia la mujer.

—¿Informado? —Gruñó con escepticismo, mientras tomaba el desayuno—. Permítame dudar de eso.

—¿Perdón?

—¡Ah! Es algo típico de los voluntarios. Creen que nos entienden solo por haber recibido una charla con información a medias. Ustedes nunca podrán empatizar con nosotros hasta que pasen por lo mismo.

La mujer empezó a endurecer su tono y a bajar la mirada con aparente pesar y molestia. Roy sintió la incomodidad del momento y trató de pensar en qué podía decir para mejorar la situación, pero todo lo que pasó por su mente fue la idea de querer maldecir a Matheo por lanzarlo a esa situación.

—Perdóneme, señora —declaró, mientras abría la bandeja—. No tengo ninguna intención de molestarla con mis palabras.

—No, está bien, joven. Me he dado cuenta ya. Todos los observadores que vienen de alguna ciudad alejada nos toman como mascotas… —Su voz empezó a quebrarse, mientras apretaba con fuerza la bandeja en sus manos—. ¿Tienes idea de quién soy yo?

—Yo… todo lo que conozco es su nombre.

—¡No me vengas con esa estupidez! —Lanzó la bandeja hacia Roy, quien logró esquivarla al inclinar la cabeza hacia su derecha—. ¿No dijiste que estabas informado? ¿Tienes idea siquiera de quién soy yo? ¡Yo soy la jueza más respetada de la Corte de Justicia de Nueva Riazor! ¿Cómo se atreven tú y tus compañeros a verme de forma condescendiente? ¡Si estoy trabajando en estas sábanas es porque no quiero sentirme inútil! ¡Y ahora vienes tú a aplastar aún más mi orgullo con esas palabras tan llenas de calma! ¡Mejor muérete, maldito engreído!

Mary se levantó, tomando fuertemente el antebrazo de Edward, quien permanecía en silencio por el impacto que le causó la reacción de su madre. Ambos se alejaron de ese espacio con dirección hacia las escaleras, dejando solo a Roy en la terraza, antes de que pudiera decir algo.

Capítulo 3

VOLUNTARIO

NUEVE

La vida se desvanecía en las calles de Los Altos a medida que la noche se abría paso. Todo lo que podía escucharse era el leve escándalo de las personas que seguían aún en uno que otro bar de mala imagen. Alguien tocó la puerta del Orfanato interrumpiendo la lectura de Mike, el portero, quien se levantó para ver quién llamaba.

El portero no era alguien muy agraciado. Era pequeño y regordete, de ojos achinados y piel de color crema. Siempre usaba gorra y lo poco que podía verse de su cabello era de color oscuro. Se trataba de un hombre trabajador y muy humilde, capaz de sacar una risa a cualquiera que conversara con él. Sin duda alguien muy querido en el Orfanato.

Al abrir la ventanilla, se topó con un chico alto y delgado de largo cabello. Parecía no disfrutar del fuerte frío de la calle, ya que había extendido las mangas de su suéter para cubrir sus manos. Mike lo reconoció en seguida:

—¡Roy! —saludó alegremente, abriendo la puerta de inmediato.

—Buenas noches, Mike —devolvió el saludo con cara de incomodidad mientras entraba apresuradamente—. Ah, aquí adentro está muy cálido. Creo que esta será la primera y única vez que venga tarde. No soporto el frío de esta ciudad.

—Y eso que no has estado aquí en invierno. —Cerró la puerta y puso el seguro.

—Espero irme antes de eso.

—¡Ja! ¿Cómo puedes no disfrutarlo? ¡El frío es vida!

—En realidad prefiero climas más cálidos, pero respeto completamente tu opinión. Y… perdona por hacerte desvelar esperándome.

—No te preocupes por eso, estaba leyendo de cualquier forma. No vi

pasar el tiempo. Es más, ni siquiera sé qué hora es.

—¿Qué es lo que lees?

—Oh, ¿estás interesado? —Levantó la mano derecha, mostrando un pequeño libro. La portada ilustraba un edificio rodeado por lo que parecía ser nieve, pero no tenía un título—. Este libro trata sobre un hombre que asesina a alguien y luego se une al ejército intentando apaciguar la culpa. Él cree que luchando en la guerra por su país, logrará conseguir el perdón de la sociedad.

—Suena interesante —habló con voz apagada—. Quizá te lo pida prestado cuando termines.

—Claro, sería todo un gusto discutirlo después.

—Bueno, entonces me iré a descansar ya, deberías hacerlo también, Mike.

—Sí, claro. Ahora que viniste, ya no tengo problema en irme a dormir.

—Feliz noche entonces.

—Que descanses.

Roy se volteó, dirigiéndose a las escaleras hacia el segundo nivel. Mike lo vio marcharse con paso lento y arrastrando los pies.

—Seguro fue un día duro, ¿no, Roy? Bueno, me iré a descansar y de paso avisaré a Matheo que su último observador ya vino.

DIEZ

Fue un día difícil para Roy pero sentía que lo sucedido en su encuentro con Mary era un castigo justo por quedarse dormido. No quería verse involucrado en nada que a Matheo pudiera ocurrírsele otra vez, así que compró un reloj despertador ni bien salió del Orfanato, pidiendo específicamente al vendedor el modelo más ruidoso y molesto que tuviera. De paso también compró una pequeña bolsa de tela para guardarlo.

Aun si la luz del sol se había desvanecido momentáneamente, el malestar por las palabras de Mary seguía presente. No sabía si definirlo como culpa, pero no deseaba que ese encuentro no hubiera sucedido, más bien le habría gustado ser un poco más asertivo.

—Si hubiera sido yo, unos años atrás… —Pisó el último escalón, la luz del pasillo estaba encendida—.

—¿Oh? Eres tú.

Roy no reconoció la voz en un principio. Fue hasta que volteó hacia la derecha que pudo saber de quién se trataba. La había visto esa mañana, ella evitó que lo atropellaran el día anterior y ahora estaba sentada sobre los escalones que dirigían hacia el tercer nivel. Su largo y alborotado cabello rojo tapaba la mitad de su rostro, pero sus brillantes ojos azules seguían destacándose entre la leve penumbra.

—No esperaba encontrarme con nadie despierto a esta hora —habló ella.

—Tuve un par de retrasos hoy, así que volví más tarde para recuperar el tiempo. Perdona si te asusté. —Bajó la mirada.

—No, no lo hiciste. Pero parece curioso que desde ayer nos encontramos en todos lados. —Clavó sus ojos en él pero Roy no podía distinguir si lo hacía con sospecha o expectativa.

—No sé qué hora es, pero si estabas aquí sola entre el silencio de la noche, supongo que no debo interrumpir eso. Nos vemos.

—Creo que no son más de las once, ¿quieres acompañarme un rato?

—No creo que sea buena idea. —Volteó la mirada, de cara a seguir su camino.

—Tranquilo, yo no soy como Mary Cartago.

—El rumor se esparció rápido —increpó Roy. Se giró con aparente molestia hasta quedar nuevamente frente a la chica.

—Ella misma se encargó de difundirlo. ¿Sabes algo? Esa mujer solía ser una jueza muy importante. Vino aquí junto conmigo hace un par de meses. Durante sus primeros días no paraba de hablar sobre cómo nació en una familia pobre con un padre terrible y como así se convirtió en una persona importante. Ella decía que su renombre sería suficiente como para que los políticos de Los Altos voltearan a ver a los refugiados. Todos creyeron en sus palabras y se llenaron de esperanza. Ella buscaba una forma para que pudiéramos ser reubicados en alguna otra ciudad… pero sus cartas nunca recibieron respuesta y poco a poco la gente dejó de verla con ánimo para considerarla como una mujer con delirios de grandeza. Supongo que ser ignorada de esa forma lastimó mucho su orgullo.

—No la culpo por la forma en que actuó. Más bien me hubiera gustado ser

un poco más asertivo con las cosas que ella quería escuchar.

—Pareces un buen chico, pero tus intenciones están un poco mal planteadas.

—¿Por qué estás hablando conmigo sobre esto?

—Bueno, no estoy segura. Supongo que al verte ya dos veces, encontré algo en ti que ha llamado mi atención. Es una extraña sensación de familiaridad que me recuerda un poco a mi hermana menor.

—Y según tú, ¿tengo algún parecido a tu hermana menor?

—De cierto modo desprendes esa aura, el aura de una persona que se oculta bajo una máscara. Ella era una mujer extrovertida y llena de vida, pero fuimos separadas hace unos años luego de la muerte de nuestros padres. Yo fui a parar a la casa de un terrateniente y nunca volví a saber de mi hermana, pero durante los últimos meses que estuvimos juntas, ella empezó a desprender esa aura nefasta. Era como si alguien estuviera robándole la energía y yo lo notaba por más perfecto que fuera su acto. No importaba qué tan normal fuera su risa o su llanto, yo notaba que había algo detrás —su voz empezó a quebrarse mientras que las lágrimas empezaban a brotar de sus ojos. Tragó saliva y siguió hablando—. Perdóname si te ofendo con esta deducción, tal vez la desesperación de estar encerrada aquí entre la incertidumbre me está haciendo imaginar cosas.

A simple vista Roy parecía incómodo y su rostro lo delataba. Pero que no fuera capaz de encontrar las palabras correctas no quería decir que no tuviera intención de consolar a aquella chica, era solo que sus experiencias anteriores no le dejaban hacer nada. Por su mente empezaron a resonar muchas preguntas: "¿Y si digo algo y la ofendo? ¿Qué tal si piensa que son un insensible? ¿Qué tal si se repite lo que sucedió en la mañana?". La ansiedad hacía que su estómago se retorciera.

—Yo… quisiera hacer algo… —tartamudeó.

—Tranquilo, no necesitas hacer nada. Tú no eres responsable de la situación de los refugiados, no eres responsable de mi situación, ni tienes nada que ver con lo que ha vivido Mary Cartago. No tienes que hacer nada más que tu trabajo. Al menos yo estoy conforme con eso, así como estoy conforme con el trabajo de los voluntarios. Lo que hacen puede parecer algo pequeño, pero… en conjunto están haciendo algo para que los refugiados estemos mejor, o al menos eso quiero creer.

"¿Qué se supone que debo hacer?", se preguntó Roy. No pudo decir nada más y las palabras de aquella chica, que parecían buscar un alivio en él,

no hicieron más que agrandar su ansiedad.

—Puedo… ¿cuál es tu nombre?

—¿Hm? No te lo dije, ¿verdad?

—No.

—Me llamo Nino. Tu eres Roy, ¿cierto?

—Sí, mi nombre es Roy Leonhartd.

—Perdóname por ser tan maleducada al no decírtelo antes. Supuse que no volveríamos a vernos nunca, pero resultó que ambos estábamos durmiendo bajo el mismo techo. —Sonrío tímidamente.

—Tal vez sea poco lo que yo pueda hacer pero, mientras esté en mis posibilidades, recordaré tu nombre.

—Qué promesa tan romántica.

Ella parecía conmovida. Roy sonrío con timidez al pensar que había logrado compaginar con ella. Nino se puso de pie y bajó los escalones hacia él, tomó su mano izquierda y le susurró:

—Gracias.

ONCE

Pasaron exactamente once minutos desde que Nino entró a su dormitorio. Todas las luces estaban apagadas. Roy se quedó afuera un momento, de pie y recostado sobre su espalda en la columna que estaba al frente del reloj. Literalmente veía pasar los segundos bajo la luz de la luna menguante.

Los pasos de alguien empezaron a escucharse cada vez más cerca. Las luces se encendieron para dejar ver a quien subía por los escalones: Matheo Bellamy, quien aún se encontraba en las mismas ropas con las que fue visto en la mañana.

—Mike te avisó que vine tarde ¿verdad, Matheo? —habló sin levantar mucho la mirada.

—Me dijo que habías decidido extender tu búsqueda hoy. ¿Por qué? —Se sentó en el suelo, frente a la columna y con la espalda recostada sobre la

pared, bajo el reloj.

—Sentía que era necesario. Las calles parecen demasiado tranquilas, así que quise tomarme el tiempo para inspeccionarlas a profundidad.

—Es peligroso caminar por las calles a altas horas de la noche.

—No es que eso sea un gran problema para mí.

—No debes ser tan confiado. Quiero preguntarte algo.

—¿Es sobre el desayuno que me mandaste a comprar hoy?

—Escuché un poco de la señorita Mary.

—Traje el desayuno y se lo di. Al principio ella no quería aceptarlo y parecía incómoda. Logré convencerla con ayuda de su hijo, pero al avanzar la conversación, terminó contándome que ella era de Nueva Riazor y todo lo que dije fue que lamentaba su situación.

—¿Estás seguro que eso fue todo?

—¿Estás dudando de mí?

—No es eso. No puedo decir que en mis recuerdos de secundaria te veas como la persona más carismática y caritativa, pero tu actitud desde que viniste me hace pensar que… es como si te fastidiara estar aquí. Roy, aunque quería saber qué fue lo que sucedió con la señorita Cartago, la verdadera pregunta que quiero hacerte es ¿por qué razón viniste a Los Altos?

Roy suspiró fuertemente. Levantó la cabeza mostrando la molestia en sus ojos y en una mueca. Matheo había visto esa expresión en su rostro antes, era algo común cada que Roy estaba inconforme con algo, pero había algo diferente esta vez, algo tenebroso se ocultaba detrás de esos brillantes ojos dorados.

—Te responderé si me haces un favor, señor supervisor —propuso Roy.

—¿De qué se trata ese favor?

—Quiero ir a hablar con las personas del centro de mando de los observadores. Quiero intentar hacer algo por aliviar la pena de estos refugiados y supuse que tenerte a ti como acompañante sería útil.

—Claro, solo dime la hora y estaré listo.

—La hora es… dentro de diez minutos.

—¿Diez minutos? ¿Quieres salir ahora mismo?

—Efectivamente. —Sonrió con tibieza.

—¿Dónde está ese centro de mando?

—A cuatro calles de aquí.

—¿Qué pasa si encontramos a algún ladrón o algo?

—Nada va a pasarte si estás conmigo.

—Suenas extrañamente confiado.

—Si no pudiera asegurar tu seguridad, me hubiera ido solo hace un rato.

Matheo no podía entender lo que estaba sucediendo en la mente de Roy, pero recordó que incluso en la secundaria era común que este lo sorprendiera con sus decisiones tomadas a último momento.

—Bien, te acompañaré —aceptó Matheo.

DOCE

Matheo avisó a Mike sobre su salida mientras Roy preparaba algunas cosas que necesitaba en la bodega. Quedaron de encontrarse en la puerta principal, pero al momento de llegar Mike y Matheo, vieron con sorpresa hacia Roy.

—Oye, Roy… ¿Qué es eso? —preguntó Matheo con nerviosismo.

No había mucho de diferente en su atuendo, su cara sin duda era la misma. Pero había algo más colgando del costado izquierdo de su cintura. Era como una larga vara de no más de un metro, o al menos eso fue lo que pensó Matheo. Mike lo tenía más claro.

—¿Acaso es eso una espada? —cuestionó el portero con mucha emoción.

—Sí, así es —confirmó Roy.

La funda no era muy llamativa, parecía un simple envoltorio de cuero color negro. La empuñadura era suficientemente larga como para sostenerla con dos manos y era de color negro brillante con algunos detalles en líneas rojas. Matheo no era alguien fanático de las armas, las

repudiaba, por lo que no era muy sorpresivo pensar que esa era la primera vez que veía una espada.

—¿Pa…pa…para qué quieres una espada? —cuestionó visiblemente nervioso.

—No voy a arriesgarme a ir por la calle solo con mis manos para defenderme —aclaró Roy, como si fuera obvio—. Además, dije que no te pasaría nada si ibas conmigo, no puedo confiarme solo en mi suerte para prometer algo así.

—Eso es un arma peligrosa, ¿qué pasa si lastimas a alguien?

—Si lastimo a alguien será porque se lo buscó. Fácil.

—Me opongo totalmente.

—Oh, vamos señor supervisor —irrumpió Mike—. No creo que una espada sea suficiente motivo para entrar en pánico.

—Yo no estoy en pánico, es solo que estoy en contra de las armas.

—Suenas como una persona en pánico —lamentó Roy—. ¿Quieres dejar esos argumentos tontos, miedoso? Si no quieres ir, me voy solo.

Roy dirigió la mirada hacia Mike y este inmediatamente corrió a abrir la puerta. El observador salió sin voltear a ver a Matheo y sin detener el paso. Matheo estaba preocupado, pero ahora no temía que alguien pudiera lastimar a Roy en la calle sino lo contrario.

—Ay, parece que no hay otra opción —lamentó antes de salir, frente a la mirada burlona de Mike.

TRECE

Matheo alcanzó rápidamente a Roy, manteniéndose a su derecha mientras caminaban sin mucha pena por el centro de la calle. Era casi madrugada después de todo, así que no había preocupación respecto al hecho de que un auto pudiera atropellarlos. Todo lo que se escuchaba era el sonido de las suelas de Roy golpeando contra el suelo.

—Matheo.

—¿Sí?

—¿Qué hiciste luego de la secundaria?

—Bueno, estudié el bachillerato con orientación en educación, así que me tardé un año más en entrar a la universidad.

—¿Entonces sí fuiste a la universidad?

—Sí, mi padre soñaba con ser maestro… así que decidí seguir su sueño por él.

—Si no recuerdo mal, tu padre falleció cuando estábamos en segundo, ¿verdad?

—Sí, y mi madre le siguió cuando estaba en primero de preparatoria.

—No sabía eso… —bajó la voz.

—Sí, mi abuela falleció dos años después y me quedé solo. Pero cuando creí que iba a tener que dejar la preparatoria justo en mi último año, un militar me ofreció su apoyo.

—Espera… Matheo… —volteó sorprendido.

—Este señor decidió adoptarme y desde entonces todas mis preocupaciones empezaron a desvanecerse. Consiguió un apartamento para mí y contrató a un ama de llaves y a un chofer. Nunca volví a caminar con frío bajo la lluvia, no volví a pasar hambre. Las deudas de mi familia fueron pagadas y ya no debía preocuparme por vivir en aquella vieja choza con goteras donde cualquier día podía entrar cualquiera a robarse lo poco que tenía —su voz empezaba a temblar—. Ese general se llamaba Paul Bellamy y nunca estaba en casa, por eso no sé más que su nombre y su rango, pero me dejó bien resguardado. Podía comprarme lo que quisiera, ir a donde quisiera, comer lo que quisiera… conocí la comodidad… pero aun así me hubiera gustado compartir todo eso con mi familia. Aun si mi vida parecía mil veces mejor… estaba completamente solo.

—Esa… fue la razón por la que tu apellido cambió, ¿no?

—Así es.

—Lamento mucho tus pérdidas, pero al menos no tuviste que arriesgar tus estudios para sobrevivir.

—No, pero terminé dejando la universidad para venir aquí.

—Eso suponía. Si te soy honesto, no pensé que te encontraría aquí, tu

apellido es diferente ahora.

—En cambio, yo supe al instante que se trataba de ti cuando vi tu nombre en las listas de observadores.

—Bueno, mi nombre no ha cambiado.

—Me sorprendió mucho que vinieras, ¿no estabas en la universidad también?

—Estaba.

—¿Qué era lo que estudiabas?

—Matheo, tú viniste como voluntario… ¿debido a tu soledad?

—Hm, sí, fue algo así. Pero la verdad es que la soledad fue solo una alarma de que algo me faltaba. Pasé mucho tiempo deprimido y entonces recordé la vez que fuimos a entregar víveres a una comunidad muy pobre, cuando estábamos en segundo de secundaria. Normalmente me entregaban los víveres a mí, pero debido a que estaba becado en nuestra escuela, fui capaz de ver cómo era el otro lado de la moneda.

—Y ese general que te ayudó ¿sabe que estás aquí?

—Le escribí una carta, pero me fui antes de que pudiera responderme.

—Entonces estás aquí sin permiso —gruñó haciendo una mueca—. Al menos hubieras esperado su respuesta.

—¿Qué pasa si me decía que no? Solo seguí mi yo aventurero al mejor estilo de Roy Leonhartd Velz.

—No me metas en esto. Que en secundaria me escapara de casa para explorar la ciudad no tiene nada que ver con esto.

—Bueno, sí tiene que ver porque fuiste tú quien me inspiró. Siempre hacías lo que te daba la gana después de todo… —Empezó a adelantarse hacia la intersección.

La conversación fluía junto a la lenta caminata. Casi sin darse cuenta, ambos habían llegado al segundo cruce de caminos antes del edificio donde estaba instalado el centro de mando. Roy hizo lentos sus pasos mientras veía a Matheo caminar alegremente al tiempo que hablaba sobre sus razones para estar en Los Altos. Era como estar otra vez en esos tiempos de secundaria, caminando con un amigo de cara a intentar hacer algo grande. Desde su graduación no habían sabido nada el uno del otro. Muchas cosas habían cambiado. Roy sonrío amargamente, feliz de saber

que Matheo estaba bien a pesar de todo lo que le había sucedido.

—Matheo.

—¿Sí?

—Tus razones para estar aquí son algo admirable —habló con tono amistoso—. Me agrada el hecho de que mi yo de secundaria te inspirara a tomar este camino.

—Yo debería ser quien te agradezca por dar ese ejemplo —sonrío ampliamente.

—Pero mis razones no tienen ni una pizca de similitud con las tuyas.

—¿No?

—No estoy aquí porque quisiera ayudar a los demás. No estoy aquí porque me sintiera vacío. Mi vida cambió mucho, en muchos sentidos, desde la secundaria. Tomé decisiones y esas decisiones me trajeron a este lugar no con buena fe, sino como castigo —su rostro empezaba a verse cada vez más sombrío.

—¿A qué te refieres? —Volteó, abriendo mucho los ojos en señal de sorpresa.

—Yo… luego de todos estos años… terminé convirtiéndome en un asesino.

Matheo detuvo sus pasos justo al centro de la intersección. Roy clavó la mirada en su viejo amigo, su rostro no mostraba ni una sola pizca de broma, pero no parecía conmovido, no había forma de deducir nada de esa expresión neutral. Matheo estaba en shock a tal grado que cayó de rodillas, preguntando:

—¿Es verdad?

—Yo… verás… lo que sucedió fue…

El aire se llenó de un aroma extraño, un aroma que solo traía a la mente la idea de la muerte. Matheo se llenó de miedo y dirigió la mirada hacia la espada que colgaba del cinturón de Roy, pero no pudo escuchar el final de esa última frase. Los segundos siguientes fueron eternos. Era como verlo todo en cámara lenta. El suelo bajo los pies del supervisor empezó a agrietarse, rompiéndose y dejando escapar una llamarada que envolvió todo su cuerpo en una gran explosión.

Capítulo 4

EXPLOSIÓN

CATORCE

Alguien caminaba sobre el blanco techo arqueado de la Catedral de Los Altos en dirección a la imponente cúpula que se encontraba sobre el altar mayor. Era una hermosa mujer de cabello castaño, tan liso y tan largo que ondeaba a merced del viento, mientras que su largo fleco bordeaba su ojo derecho. Lucía un suéter de lana blanca con cuello de tortuga que le quedaba grande y escondía su delgada figura, junto a las botas de tipo militar que se combinaban con el negro de su duro pantalón de lona.

Sus grandes ojos grises observaban con admiración hacia la elaborada e imponente cúpula, esbozando una tenue sonrisa en su pequeña boca. El silencio imperaba en la ciudad y muchas de las luces en las casas y edificios cercanos ya estaban apagadas.

Un hombre de considerable estatura y notablemente fornido se acercaba a pasos de gigante. Sobre su rostro lucía una máscara con detalles que recordaban a una figura demoniaca. De músculos resaltados por su camiseta de manga corta ajustada de color negro y su pantalón con estilo de camuflaje junto a sus botas altas negras atadas con correas. Al estar a menos de dos metros de ella, el hombre se arrodilló.

—Kálika, mi señora, todo está listo —llamó con mucho respeto, como si se tratara de una princesa o una reina.

—Bien, empezará en cualquier momento, ¿verdad?

—Así es. Pero hay algo que me preocupa.

—¿Qué cosa?

—¿Piensa usted involucrarse hoy, mi señora? Me preocupa que camine en medio del caos con su rostro descubierto. ¿Por qué no mejor usa una máscara? Incluso traigo una extra conmigo en este momento. No quisiera que su rostro, siendo tan hermoso, se convierta en un objeto de odio para aquellos que no entienden los ideales de nuestra Liberación.

—Demon —lo llamó por su nombre, sin quitar la vista de la cúpula—.

¿Otra vez con eso?

—Perdóneme, mi señora. Entienda mi preocupación, por favor.

—¿Sabes qué material fue el que usaron en la antigüedad para construir esta catedral, Demon? —Cambió de tema.

—¿Perdón?

—Las leyendas dicen que este material fue un regalo de Dios para embellecer esta ciudad, ya que fue una de las primeras en existir luego de la fundación de la Gran Nación de Ceres.

—Señora, pienso que debería dejar esos datos inútiles y preocuparse por la Liberación.

—Oh, ¿te parecen datos inútiles?

—No me malinterprete. Para lograr nuestros objetivos debemos estar concentrados y evitar pensar en cosas que no valen la pena.

—No valen la pena, ¿eh? —Bajó la mirada escuchándose su molestia en su voz—. La Liberación no podría importarme menos, Demon.

Su tono de voz se volvió amenazante y llenó el ambiente de un aura terrorífica. Demon tragó saliva en silencio, sabiendo que había molestado a alguien a quien debía tratar con mucho cuidado.

—Le ruego que me perdone —tembló—. No quería molestarla, pero es imperativo que nos preocupemos por la liberación.

—Voy a preocuparme de lo que yo quiera preocuparme. No encuentro nada interesante en los métodos de los Libertarios, pero ya qué, órdenes son órdenes. Aunque, —volteó, mostrando una sonrisa sádica en su rostro—, sí tengo algo de curiosidad por saber si en esta ciudad hay individuos igual de interesantes que los que vi en Nueva Riazor.

QUINCE

El suelo se quebró dejando escapar una gran llamarada que envolvió a Matheo completamente. Roy observó con impotencia, sin saber qué hacer ni entender qué sucedía, todo pasó demasiado rápido. La explosión lo empujó hacia atrás, arrastrando las suelas sobre la calle en un intento por disipar el empuje.

Se detuvo a unos cuantos metros de la intersección, que ahora era un cráter de tamaño considerable. Pedazos de tierra y pavimento volaron por los aires a merced de la terrorífica columna de fuego que se alzó tan alto como para compararse con un quinto piso.

—No puede ser… ¿qué mierda es esto? —susurró Roy en su incredulidad.

Más y más explosiones se escucharon alrededor, haciendo temblar fuertemente el suelo. Lo más fácil era pensar lo peor para Matheo. Mantener el equilibrio ya era complicado cuando el edificio a su derecha se quebró, seis pisos de concreto y otros materiales que cayeron veloz y terroríficamente sobre él.

Pero Roy tardó en reaccionar por a la confusión del momento. Parecía demasiado tarde cuando dio el primer paso para intentar escapar. Restos de madera, metal y roca caían ya a centímetros de su rostro. Para cualquier persona común, si se movía o se quedaba quieto, igual quedaría soterrado.

—Yo… no voy a morir aquí —susurró con voz casi muda, ahogado en determinación.

De sus piernas emergieron pequeñas chispas de color rojo cuando las flexionaba intentando dar un último salto desesperado. Lo siguiente sería un gran destello que iluminó su trayectoria en línea recta luego de impulsarse hacia adelante con la velocidad de un relámpago. El trueno retumbó imponiéndose sobre el caos de los estallidos cuando Roy arrastraba las suelas en lo que quedaba de la calle, a un par de metros lejos del alcance de la avalancha.

Sonrío con leve soberbia al verse salvado del soterramiento cuando un pedazo de roca del tamaño de una pelota de baseball rebotó en el suelo con la fuerza suficiente como para revirar y golpear contra su espalda, entre las vértebras lumbares. El impacto fue demoledor y el dolor resultante se extendió por su cuerpo como si se tratara de agujas abriéndose paso entre la carne y los huesos. Cayó al suelo, golpeando la frente contra el pavimento levantado a causa de los temblores.

DIECISEIS

Luego de ese golpe, Roy se encontró a sí mismo en medio de un denso y oscuro bosque de árboles delgados que se encontraban muy cerca unos de los otros. El silencio absoluto era bastante pacífico y hasta cierto punto un poco intimidante. Giró la cabeza en todas las direcciones posibles sin

poder ver más allá de un par de metros por la penumbra.

—¿He estado aquí antes? —se preguntó—. No, sin luz no puedo reconocer nada.

Dio un par de pasos adelante, notando que el suelo era completamente plano, cubierto por un verde césped muy bien cuidado. Caminó entre los árboles buscando el final del bosque o al menos alguna referencia para saber dónde estaba, pero por más que avanzara, el entorno se mantenía siempre igual.

—Esto es peor que un laberinto —susurró, un poco fastidiado.

Un gran destello de color blanco brilló con fuerza a su derecha. Roy cayó de rodillas, aturdido y enceguecido. El fuerte olor de la madera quemándose llenó el ambiente y para cuando recuperó la visión, segundos después, todo estaba en llamas.

—¿Qué… qué demonios? Esto es… este lugar es…

La escena trajo a su mente un recuerdo que intentaba olvidar con todas sus fuerzas. Sus brazos empezaron a temblar al sentir repentinamente sobre ellos un ligero peso. La forma, la textura, la tibieza, todo era conocido para él en ese delgado cuerpo al que se abrazaba.

—Chri… Chris…

No quería voltear a verla. Bajo ninguna razón quería voltear a verla, pero la ansiedad creciendo en su cuerpo tampoco le dejaba terminar de pronunciar su nombre. Debatirse entre contener la ansiedad e intentar despertar a la persona en sus brazos fue un tema secundario cuando pasó sobre su mejilla izquierda la fría caricia de esa delgada mano.

Se le hizo un nudo en la garganta cuando notó que esa piel era más pálida de lo que recordaba. Bajó la mirada en dirección a las piernas de esa mujer, atemorizado notó que el cuerpo era más pequeño de lo que debía y no tenía encima nada más que una capa de piel marrón que apenas cubría sus muslos y el torso.

—Tú… tú no eres…

DIECISIETE

—Oye, despierta. Este no es lugar ni momento para dormir ¡Despierta, por

favor! —rogaba esa angustiada voz femenina.

Roy empezó a reaccionar, moviendo lentamente sus brazos y piernas, levantándose con algo de dificultad mientras la sangre que emanaba de la herida en su frente goteaba sobre el pavimento.

—¡Estás sangrando! ¿Necesitas ayuda? ¿Estás herido? —se exaltó levemente, sin que Roy volteara a verla—. Oye, tienes que salir de aquí. Esto es una zona peligrosa. ¿Puedes moverte?

—¿Qué demonios pasa con estos sueños? —gruñó, aun pensando en ese recuerdo del bosque ardiendo antes de despertar.

Tomó aliento mientras se sentaba sobre el suelo con las piernas hacia atrás. Levantó la mirada y encontró a la dueña de la voz a su derecha, hincada con ambas manos pegadas a su pecho. Su cuerpo era delgado y pequeño, de cabello largo, liso y castaño hecho en una cola de caballo. Su rostro era redondo, de grandes cachetes, ojos pequeños y achinados, nariz y boca compactas y labios discretos. Casualmente vestida con un pantalón pescador blanco, zapatillas y una camisa de botones azul marino que podía verse bajo su holgado sudadero negro con el zipper cerrado por debajo del esternón.

—Tú… ¿me despertaste? —preguntó él, aun aturdido.

—Así es. —Se notaba nerviosa—. ¿Puedes moverte? No deberíamos perder mucho tiempo aquí, es peligroso y yo tengo que irme.

—¿Aquí?

Desvío la mirada de ella hacia los alrededores y quedó atónito ante el paisaje desolado que quedó luego de darse ese golpe en la cabeza. Pequeños incendios consumían los restos inflamables entre los montículos de escombros que se encontraban donde hace unos momentos había casas y edificios. Vehículos volteados, destrozados y ardiendo sobre las calles derrumbadas entre cuyas grietas se colaba el fuerte olor de las aguas residuales del alcantarillado.

—¡Oye! En serio, ¿puedes moverte? Si puedes moverte te diré por dónde salir de aquí.

—¿Qué pasó aquí? —Regresó su atención a ella, notablemente confundido.

—Yo tampoco lo sé, pero lo siento, es peligroso si me quedo contigo así que me voy.

Ella se levantó, pero al momento de girarse para apoyar el pie izquierdo cayó sosteniéndose con la mano y pie derechos en el suelo mientras ahogaba un intento de grito tapando su boca con la mano que le quedaba libre. Sin exaltarse un poco, Roy vio hacia su pie izquierdo, notando que había algo fuera de lugar con ello.

—Está dislocado —anunció—.

—¿Qué?

—Tu tobillo, está dislocado. Te ayudaré. —Respiró profundamente y empezó a levantarse con algo de dificultad.

—¡No! Eso es una muy mala idea —refutó, mientras se volteaba, cayendo a sentarse sobre su trasero—. Es peligroso estar conmigo, así que si puedes moverte es mejor que te alejes de mí lo antes posi…

Detuvo sus palabras justo en el momento en que Roy se puso de pie, notando la espada que colgaba en su cintura. Ella levantó la mirada para verlo a los ojos, sorprendida y expectante, encontrando el brillante tono dorado en ellos que ardía como si del fuego se tratara. Roy se mantenía inexpresivo cuando extendió su mano derecha hacia ella.

—Oye. —Hizo una mueca, como si dudara de lo que estaba por decir—. Esto sonará un poco raro… pero… es algo así como una medida desesperada. Lo que pasa es… que… bueno… mi nombre es Roy Leonhartd Velz, si yo fuera una persona talentosa ¿me permitirías ayudarte?

Era un saludo demasiado formal como para encajar con la situación, pero había mucho más que un nombre y una propuesta en él. Dependiendo de la respuesta, Roy sabría si podía hacer o no lo que tenía en mente. Habría que contar toda una historia para explicar el significado de estas palabras así como los motivos detrás de esta pequeña chica cuando alzó la mano hacia él, sonriendo con un par de lágrimas en sus ojos.

—Oh, vaya, ¡qué hermosa escena! Es una lástima que tenga que ser yo quien retuerza esa mirada enamorada tuya, Yuliana —gritó alguien, con tono emocionado desde lo más alto de los restos del edificio que casi sepulta a Roy momentos antes.

El cielo se despejó rápidamente y la luz de la luna mostró a detalle a ese hombre alto y robusto vestido con un pantalón de camuflaje ajustado y una camiseta pegada de manga corta color negro. Sobre su rostro usaba una máscara blanca cuyos rasgos recordaban a los de una doncella.

Ella parecía aterrorizada solo al escuchar su voz y Roy entendió rápidamente ese terror al ver cómo los brazos de aquel hombre se deformaban en cientos de delgados tentáculos con puntas afiladas como

agujas que se lanzaron en una agresiva estocada contra ambos.

Pero esta vez Roy no estaba dispuesto a ser tomado por sorpresa. Tomó a la chica por la muñeca y de un tirón la levantó, se abrazó a ella con el hombro izquierdo por debajo de su pecho y saltó, evitando el ataque por muy poco.

Los tentáculos atravesaron el pavimento, quebrando violentamente la superficie que Roy estaba a punto de pisar. La calle empezó a derrumbarse. "No hay forma de que escapemos solo así de esto", pensó él intentando idear alguna alternativa. Pero cuando estaban a punto de ser tragados por el derrumbe, la chica sobre su hombro alzó la voz.

—¡Roy! —gritó—. ¡Mi nombre es Yuliana Ribbus Ribbus! Si yo fuera una persona talentosa, ¿me ayudarías a salir de esta? ¡No tengo ningún don ni fuerza que pueda usar para defenderme! ¡Por favor! ¡Dejo mi vida en tus manos!

Esa era la respuesta ideal. Aliviado tras esas palabras, Roy estaba seguro de hacer lo que quería hacer. Las chispas de color rojo emanaron nuevamente de su cuerpo antes de que una gran explosión se disparara debajo de los pies del observador, impulsando a ambos unos cuantos metros en el aire ante el desconcierto del enmascarado.

—Esto es… —susurró ella, como si supiera de qué iba todo.

Como Yuliana era más pequeña, su cuerpo se elevó un poco más que el de Roy, quien rápidamente volvió a tomar su muñeca con su zurda antes de desenvainar la espada con la otra mano. La hoja era recta, de un solo filo y de un profundo color negro azabache que chispeó un par de veces antes de encenderse en una llamarada que cortó el aire en diagonal y se envolvió en el enemigo en una columna de fuego de varios metros de alto.

A la distancia, sobre el techo de la Catedral de Los Altos, alguien sonrío con emoción.

Capítulo 5

ALIANZA

DIECIOCHO

Hay un cuento que todos en la Gran Nación han escuchado por lo menos una vez en la vida. Una narrativa fantástica sobre el origen de este floreciente país a partir del pacto entre trece familias de campesinos, acorralados por las atrocidades de la guerra más grande de la antigüedad, y Dios.

A cambio de su eterna lealtad y devoción, la Deidad otorgó a aquellas insignificantes personas el poder para retorcer su destino, convirtiéndolos en la Sangre Real que devoró la guerra y tomó con sus propias manos el futuro de sus tierras.

Las montañas se sacudían al compás de sus pasos y sus voces comandaban huracanes. Domaron el fuego y los rayos con sus propias manos. Los cultivos crecieron y se incrementaron. Los puentes y los caminos llegaron más lejos que nunca antes, al paso que los pequeños asentamientos se convirtieron en grandes y deslumbrantes ciudades. Tal como prometieron a su Dios, tomaron el control del destino y aseguraron un futuro para su gente al fundar la Gran Nación de Ceres.

Pero, con el pasar de los años y las generaciones, muchos tomaron esta historia como un simple mito entre cientos. Un cuento que los abuelos narraban a los niños para entretenerlos. Pero aun si la fantasía parecía increíble, había muchos misterios y vestigios que dejaban espacio a las dudas.

Después de todo, que algo no pueda notarse a la primera no quiere decir que no exista. La herencia de Dios, su sangre y su poder aún caminaba por las calles de las ciudades y pueblos de la Gran Nación y, específicamente esa noche, uno de ellos delató su presencia en la Ciudad de Los Altos.

DIECINUEVE

Las llamas se arremolinaron en una hermosa espiral ascendente llena de brillantes colores cálidos. La violenta expansión del aire levantó

escombros grandes y pequeños por los alrededores. Arrastrado por la corriente, Roy salió volando de ahí con Yuliana en brazos, aterrizando con la suavidad de una pluma sobre un gran montículo de escombros bastante alejado.

—Eso fue impresionante —resaltó ella, atrapada en la belleza del pilar de fuego que se desvanecía.

La cálida y suave brisa podía sentirla en la cara, casi haciéndola olvidar el frío de la ciudad. Roy se hincó, con un poco de torpeza y sin soltarla, ella volvió a la realidad notando que los brazos que la sostenían temblaban un poco y el rostro de su salvador se veía fatigado.

—¿Estás bien? —preguntó con ligera inquietud.

—Sí, estoy bien. Eso estuvo cerca —jadeaba—. ¿Estás bien tú? ¿Crees que eso fue suficiente para detenerlo?

—No lo sé, pero deberíamos alejarnos de aquí por si acaso.

—Bien, ¿sabes hacia dónde ir? La verdad no tengo idea de dónde estoy.

—No te preocupes, podemos llegar a la ciudad si cruzamos por ahí.

Usando el índice de la mano derecha, Yuliana señaló en dirección a lo que estaba a espaldas de Roy. Él asintió, tomó aliento y se puso de pie, pero al voltearse quedó atónito por la vista del oscuro mar de escombros que quedó de lo que parecía ser una zona llena de edificios de altura considerable.

Todo lo que podía verse eran grandes trozos de techos, pisos y paredes sobre las montañas de materiales destrozados. Al fondo se escuchaban las sirenas de los vehículos de emergencias así como el brillo de algunas linternas a lo lejos. Roy tragó saliva con nerviosismo y comenzó a avanzar cuidadosamente para evitar causar algún derrumbe, pero con la prisa suficiente considerando su situación. Yuliana no parecía muy cómoda al ir en sus brazos, pero tampoco dijo algo al respecto.

Unos minutos bastaron para llegar al lugar más concurrido, donde las luces parpadeantes de emergencias eran visibles al otro lado de los restos de los edificios, acompañadas del bullicio de cientos de gritos de desesperación y ánimo.

Grandes faros iluminaban ese lugar, donde los bomberos hacían equipo con algunos vecinos para rescatar heridos, los cuales eran transportados hacia la zona segura sobre camillas improvisadas hechas de sábanas y

palos de escoba, con sus cuerpos destrozados y ensangrentados.

—Estamos cerca —indicó Yuliana, escondiendo la cara en el pecho de Roy y tapándose los oídos con los índices de ambas manos.

La escena era aterradora, pero más allá de verse impresionado, Roy parecía molesto. Tragó saliva otra vez, intentando tragarse también la ansiedad y empezó a caminar entre los rescatistas, mezclándose entre el alboroto sin titubear.

Al pisar la calle despejada, que era la frontera entre el valle de escombros y la ciudad, las casas de uno y dos niveles no tenían más que pequeñas grietas y ventanas quebradas. Sobre la avenida estaban acomodados decenas de heridos, con más vecinos ayudando que paramédicos, mientras las ambulancias iban y venían sin darse abasto para la cantidad de personas que las necesitaban.

Por tercera vez, Roy detuvo el paso para tomar aliento, mordiéndose la lengua en un intento por mantener la cordura a través del dolor. Yuliana se agitó y encogió pronunciando una maldición en voz muy baja.

—Ojalá se pudran en el infierno, malditos Libertarios.

No hace falta decir que, al estar ella en sus brazos, Roy la escuchó. La duda de si todo ese desastre era obra de los Libertarios invadió su mente, trayendo toda clase de sentimientos que impulsaron sus pasos con la fuerza suficiente como para ir hacia adelante.

Para cuando se dio cuenta, había corrido frenéticamente hasta entrar en un callejón entre dos casas de tres niveles a unas cuadras de aquel tétrico escenario. Encorvó las piernas y saltó tan alto como para alcanzar la pared a la altura del segundo piso para luego impulsarse hacia la terraza de la casa vecina.

Las pesadas suelas amarillas, que normalmente hacían ruido en cada paso, aterrizaron en silencio sobre la superficie. Ahí no había más que alambres salidos de las columnas, sin medio alguno que comunicara con el interior de la casa.

Yuliana abrió los ojos temerosamente en el momento en que Roy la dejó sentada sobre el suelo, viéndolo retroceder un par de pasos antes de caer exhausto sobre sus rodillas y manos. La expresión de su salvador parecía aliviarse a pesar de que aún se escuchaba el eco de las sirenas a lo lejos. Sintiéndose más tranquila también, se acomodó, sentándose con las piernas hacia atrás, dirigiendo una sonrisa agridulce hacia él con algunas lágrimas en los ojos.

—En serio fuiste un golpe de suerte. Gracias, ¡en serio muchas gracias por ayudarme!

—¿Eh? —Levantó la mirada y, recordando que no estaba solo en ese lugar, respondió con tono neutral con lo primero que vino a su mente—: No hay dé qué.

—No, no es tan simple. —Bajó la mirada, haciendo una mueca mientras intentaba contener el llanto—. Fui una carga para ti, lo siento mucho.

Sintiéndose conmovido por la sinceridad de sus palabras, Roy soltó una sonrisa tenue y extendió la mano hacia ella en una señal de consuelo, pero cuando estaba a punto de tomar su hombro, la imagen entrecortada de una mujer en medio de un bosque en llamas atravesó su mente, haciéndolo retroceder de ese gesto.

—Oye —habló, conservando aún la intención de hacerla sentir mejor—, no sé cuánto tiempo pasó desde que me desmayé, ni qué tanto cambió la ciudad en ese lapso, pero te agradezco mucho que aparecieras para despertarme y sacarme de ese lugar. ¿Qué tal si decimos que estamos a mano?

—Eh, bueno…. —levantó la mirada, calmándose un poco.

—Tu nombre es Yuliana, ¿cierto? —Su temple se volvió apacible.

—Puedes decirme Yuli. —Se frotó los ojos, secando las lágrimas con las mangas de su suéter.

—Mucho gusto, Yuli.

—El gusto es mío, Roy. Aunque ya nos presentamos antes.

—Sí, es sobre eso que quiero hablar. —Su tono ganó seriedad—. He de suponer luego de eso… que eres descendiente de la Sangre Real, ¿me equivoco?

—No, estás en lo correcto. Cuando te presentaste, pude sentir esa "vibración" que solo puede expresar y detectar la Sangre Real. Pero no te preocupes, no voy a denunciarte con la Corte Real después de salvarme como lo hiciste.

—Es un alivio, gracias. El hecho de que debamos permanecer ocultos hace complicadas algunas cosas. —Sonrío con tranquilidad, relajando un poco su rostro—. Estás herida, ¿verdad? Si quieres puedo acomodar tu tobillo.

—¿Sabes hacer eso? —Se notó intrigada—. Eso en serio sería de mucha

ayuda.

—Sí, puedo hacerlo. Pero además de eso, ¿no estás herida de algún otro lugar?

—Eh, bueno. —Se revisó con la mirada, palpando algunas partes de su cuerpo con las manos—. La verdad no me duele nada más. ¿Cómo estás tú?

—No te preocupes por mí, estoy bien —sonrío.

—Está bien —devolvió la sonrisa.

El ambiente parecía aligerarse a medida que la conversación avanzaba, pero llegó a punto muerto luego de ese intercambio de sonrisas. A pesar de ello, Roy se sentía victorioso de hablar con ella sin incomodarla de ninguna manera, pero ya era momento de ir a las cosas realmente importantes.

—Roy —ella se adelantó, su rostro se veía serio, pero también parecía que estaba a punto de llorar—, no estoy segura si debería contarte esto. Pero aunque acabo de conocerte, me salvaste, y además eres un descendiente genuino de la Sangre Real… Así que quisiera pedirte algo.

—¿Hm? Dime.

—Tal vez estoy siendo muy confiada pero —unas cuantas lágrimas empezaron a salir de sus ojos y rápidamente su voz se tornó nerviosa—, necesito ayuda, necesito llegar al Palacio Municipal lo antes posible y puede que tú seas mi única esperanza para estar ahí a tiempo.

—¿El Palacio? ¿Por qué el Palacio? —Inclinó la cabeza hacia un lado ante la falta de detalles.

—Bueno, yo… lo que sucede es que… Yo soy de Nueva Riazor y escapé de los Libertarios gracias a la ayuda de tres personas. Vine con ellos a esta ciudad, pero discutimos… y… ellos me… ellos me…

Aun si intentaba contener sus emociones, terminó tapándose la boca con la mano izquierda en el momento en que estas empezaron a desbordarse. Roy notó cómo la ansiedad empezó a comerse sus palabras y de cierto modo la comprendió, así que dio un paso adelante para apoyarla.

—Bien —habló con tono manso pero firme—, entiendo que quieres ir al Palacio, pero no puedo comprometerme contigo si no me explicas claramente lo que está pasando. Trata de calmarte.

—Lo siento —asintió entre mudos sollozos—. Lo que quiero… es evitar que destruyan el Palacio.

—¿Destruir? —Roy entró en alerta.

—Sí —enderezó la espalda, respirando profundamente, como si se aferrara a la cordura con todas sus fuerzas—, cuando vinimos a Los Altos… intentamos advertir al Gobierno Municipal de lo sucedido en Nueva Riazor, pero ellos… nos dijeron en nuestras caras que ese no era un asunto para niños y que no podían tomarse en serio nuestros testimonios.

—Así que, ¿quieren atacar el Palacio como venganza?

—Sí —sus palabras fluían, pero para nada se veía tranquila—, y como me opuse a ellos, pusieron una trampa en mi puerta para encerrarme y se fueron. Salí por la ventana… pero no conozco muy bien esta ciudad, así que me costó avanzar. Cuando llegué a estas calles, ya todo era escombros… así que decidí arriesgarme a cruzar… pero ese enmascarado apareció y ahora estoy aquí sin poder caminar siquiera.

Yuli bajó la cabeza, tomándose cada sien con cada mano. Roy no supo qué hacer cuando finalmente estalló en silencioso llanto frente a él. Quería pedirle más detalles, pero pensó que era bueno para ella que su frustración fluyera en esas lágrimas primero. De cierto modo, era fácil pensar en Mary Cartago al verla y escucharla.

Roy alzó la mirada entonces en dirección al mar de ruinas y escombros del que salieron hace unos momentos y recordó algo importante, la razón por la que estaba en la Ciudad de Los Altos. Buscar pistas que delataran los planes de los Libertarios y enfrentarse a una situación terrible eran dos cosas diferentes, pero que podían estar conectadas. Sintió un nudo en la garganta cuando se dio cuenta, "¿Qué debería hacer ahora?", se preguntó al recordar que el barrio que revisó durante su primer día coincidía con el lugar que ahora estaba en ruinas.

La angustia golpeó con fuerza al pensar en que, sin sus despistes del primer día, tal vez algo habría sido diferente esa noche. Su estómago se retorcía en ansiedad mientras se cuestionaba una y otra vez si había o no algo sospechoso en las calles ese día. Pero justo cuando empezaba a perder el control de sus pensamientos, vino a su mente otro detalle.

—Yuli —llamó por ella con tono serio, un poco nervioso.

—¿Hm? —Levantó la mirada, en pleno llanto.

—Antes mencionaste algo… cuando salíamos de entre los escombros…

sobre los Libertarios.

—Mjm… —Asintió.

—¿Podrías contarme si sabes de alguna relación entre ellos y lo que pasó hoy?

—Si ese enmascarado está aquí… es seguro que es obra de los Libertarios. —Bajó la mirada, hablando pausadamente mientras se secaba las lágrimas.

—¿Cómo estás segura de eso?

—Cuando huía de Nueva Riazor… fue ese enmascarado el que me persiguió.

—Entonces es por eso que sabía tu nombre.

—Eso no es todo… él no es el único. No sé si sean descendientes de la Sangre Real, pero tanto él, como todos los enmascarados, tienen poderes aterradores de los que nunca había escuchado.

—Oh, vaya… —resopló—. Esto se pone más interesante.

—Roy… olvida lo que dije.

—¿Hm? ¿Por qué?

—No quiero que te arriesgues, si puedes ayudarme con lo de mi tobillo será suficiente.

La expresión de Yuli era una mezcla de miedo, tristeza y frustración. Si lo que decía era cierto, entonces Roy tenía más responsabilidad que nunca en lo acontecido esa noche. Pero aun si la culpa era un peso que podía quebrar su espalda, no había tiempo para lamentarse por eso. Roy tomó una decisión y sonrío discretamente en el momento en que lo hizo.

—Yuli, voy a acompañarte al Palacio.

VEINTE

Ese ligero ánimo fue suficiente para que Roy tomara el riesgo. Si las bombas estaban en las calles dos días atrás, era obvio que falló en su trabajo; pero aun si la situación era terrible, la oportunidad de redimirse

brilló en Yuli, quien más allá de verse emocionada, parecía sorprendida.

En el momento en que escuchó lo que escuchó de Roy, interrumpió su llanto y clavó la mirada en él, como preguntándose si lo que acababa de escuchar era real. Esa pequeña desconfianza decía mucho sobre los días que esa chica vivió antes de ese momento, pero a su vez sus ojos brillaban como si acabara de encontrar la luz en medio del abismo.

—¿De verdad… quieres ayudarme? —preguntó incrédula.

—Sí, creo que una alianza puede beneficiarnos a ambos.

—Pero… yo no puedo pelear, ni siquiera puedo saltar tan alto como tú…

—Entonces te conviene que esté contigo, tengo una espada y un gran Talento para el fuego.

—¿Estás seguro?

—¿Debería acomodar tu tobillo primero? —Roy no iba a ceder, su impaciencia tampoco.

—¿Mi tobillo? ¿En serio vas a hacerlo?

—Ya te lo dije, también es beneficioso para mí.

—¿Cómo podría serlo?

—Bueno, podría ser que fui enviado aquí para investigar a los Libertarios.

Roy habló con tono burlesco y casual, tanto que cualquiera pensaría que bromeaba. Y aunque era imposible para él saber lo que Yuli pensó al escucharlo, supo que esa posibilidad era convincente para ella en el momento en que extendió la pierna hacia él con una mueca nerviosa en su rostro.

Entonces Roy cayó en cuenta de lo que tenía que hacer. Él no era médico ni nada parecido, pero sabía lo básico sobre primeros auxilios en casos bastante extremos. El problema es que nunca antes puso en práctica estos conocimientos y hacerlo en ese momento lo ponía nervioso.

Para ajustar, cuando intentaba calmarse, ella se recostó tapándose los ojos con el antebrazo izquierdo en una clara señal de que también estaba asustada. Roy tragó saliva y, sin sentirse del todo convencido, sostuvo su pierna un poco por arriba de la unión con el tobillo y con la otra mano tomó su pie. Apretó y dio un fuerte tirón que hizo estremecer a Yuli hasta el punto en que tuvo que taparse la boca con ambas manos para ahogar

sus ganas de gritar.

Sintiéndose apresurado y con la piel de gallina, Roy acomodó los huesos lo mejor que pudo y soltó. Aun nervioso, retrocedió arrastrando las rodillas dándose un espacio a sí mismo más que a Yuli, que intentaba calmarse al respirar profunda y pausadamente.

—Eso fue horrible —resaltó ella luego de unos segundos.

—Lo siento, fui muy brusco. Pero ya está hecho, debería tomar unos días para que sane completamente. A una persona normal le tomaría meses.

—Solo dame unos segundos.

Empezó a levantarse con algo de esfuerzo hasta sentarse, flexionó la pierna y envolvió la articulación recién acomodada con ambas manos. Un tenue brillo color verde menta se coló entre sus dedos durante unos segundos, y al retirarlos la hinchazón había desaparecido.

Sus ojos marrones, que antes mostraron desesperación y pesar, brillaron cansadamente con alegría y victoria en el momento en que Yuli volteó hacia un atónito Roy.

—¿Ves? Pude curarlo en segundos.

—Eso fue…

—No, es lo poco que aprendí de mi familia… No soy buena en ello porque odiaba practicar… así que será mejor que nos movamos con cuidado.

—Entiendo.

—Roy… gracias por hacer esto. Vamos al Palacio.

Capítulo 6

PREGUNTA

VEINTIUNO

Una vez hecha la alianza, solo restaba ir hacia el Palacio Municipal. Pero había dos inconvenientes. El primero era que las calles eran un caos de vehículos y personas yendo de un lado a otro imposible de cruzar. El segundo era que el Palacio estaba al otro lado del valle de escombros, donde rondaba el enmascarado.

La discreción y la velocidad eran vitales, pero no significaban problema alguno para Roy. Después de todo se trataba de un descendiente genuino de la Casa Leonhartd, un clan que durante siglos desarrolló en secreto el manejo y poder del fuego, y que además poseía habilidades sensitivas y físicas superiores a las de otros clanes. Si ir por tierra era imposible, la solución estaba en saltar entre los techos despejados.

Así, con Yuli abrazada a su espalda, aterrizaron suave y silenciosamente sobre la terraza del último edificio de la cuadra, el cual se ubicaba en una de las esquinas de la intersección. Ahí no había nada más que cuatro depósitos de agua muy grandes y un cuarto con una puerta que posiblemente comunicaba hacia las escaleras, rodeados por una baranda de metal que hacía posible revisar los depósitos, pero no permitía caminar por el resto de la terraza.

Era un edificio de superficie cuadrada y pequeña, con cuatro pisos. Al momento de tocar la orilla, Roy dio un segundo salto que envió a ambos cerca de la esquina sobre la encrucijada. Yuli se soltó, fatigada a tal punto que poco le importó caer en seco de espaldas contra el suelo.

—Descansemos un momento —rogó jadeando.

—¿Estás bien? —Se volteó preocupado al escucharla caer—. ¿Voy muy rápido?

—No, está bien. Yo soy la que tiene mala condición física, solo necesito descansar.

—¿Estás segura? —Torció la ceja con escepticismo, agachándose para

verla a la cara—. Noté que casi te soltaste un par de veces.

—No te preocupes, solo necesito un respiro. Más importante aún, ¿cuánto nos falta para rodear los escombros?

Roy enderezó la espalda y dio un par de pasos hacia la orilla. A tres cuadras a su derecha, bajando por la avenida, estaba la calle que marcaba la frontera entre la ciudad y lo que quedaba del barrio destruido. El edificio más alto en el lugar era en el que estaba parado, pero había algo extraño, el silencio era sepulcral.

Desde un par de cuadras atrás, Roy notó que la tranquilidad era absoluta. De ahí en adelante solo había casas de entre uno y dos niveles con autos parqueados cuidadosamente sobre las calles. No había un solo individuo afuera, aunque sí algunas luces encendidas.

—Llevamos cinco cuadras en paralelo a esa calle —anunció Roy.

—¿Cinco? ¿En serio? —Levantó la cabeza, desconcertada.

—Y no parece acabarse aún…

—Ah —suspiró con pesar, bajando la cabeza nuevamente—. ¿Por qué llegar tan lejos? No los entiendo.

—Yuli, una pregunta.

—¿Sí?

—¿Fue así de catastrófico en Nueva Riazor?

Sus palabras fueron rápidas y firmes, con un tono calmo que escondía una leve preocupación. Durante unos segundos ella se mantuvo en silencio, se puso de pie y caminó hacia él hasta pararse a su lado. Se vieron a los ojos.

—No… no hubo bombardeos tan grandes allá —afirmó Yuli con cierto pesar manifestándose en su rostro y su voz.

—Ya veo. Me ausento un rato y pasa de todo.

No parecía que esas palabras fueran para nadie más que él. No parecían tampoco un simple dicho. Yuli no supo qué decir o cómo reaccionar, pero empezó a sentirse más y más curiosa por la historia detrás de Roy. Bajó la mirada y, recapitulando que todo lo que sabía de él era que quería ayudarla, se tomó el brazo izquierdo con la mano derecha. Al instante

notó una sensación pegajosa en su manga.

—Esto es… —Notó una sensación pegajosa en su manga, levantó la palma y la vio manchada de un profundo color rojo—. ¿Sangre?

Sorprendida, se preguntó en silencio de dónde pudo venir esa mancha si en ningún momento sintió dolor o molestias de ese tipo, tampoco tenía heridas abiertas ni nada parecido.

—¿Pasa algo, Yuli? —Preguntó Roy al darse cuenta de su intranquilidad.

—Es solo que…

Ella volteó y, al verlo a la cara, supo la respuesta al misterio. Clavó la mirada en él y dio un paso adelante. Alzó la mano derecha y colocó sus dedos sobre la herida que aún sangraba un poco en la frente de Roy, sorprendiéndolo un poco.

—Perdona por no ponerle atención antes —se disculpó, suavizando su rostro en la tenue sonrisa.

—Eh, bueno, no pensaba que fuera algo tan grave. —Se vio un poco avergonzado por el acercamiento—. Además dijiste que no eras muy buena con eso de la curación.

—Esto es algo simple, puedo manejarlo.

Sin oponerse a ella, Roy dejó que el ligero brillo verde hiciera lo suyo. La realidad era que al verla exhausta luego de curar su tobillo no quiso molestarla.

—Gracias, Yuli.

Repentinamente, el estallido característico de un disparo de aire se escuchó rompiendo la atmósfera. Un segundo después, el proyectil en forma de una flecha de metal de poco más de veinte centímetros de largo atravesó el antebrazo de Yuli, desde el alto techo de la casa a su izquierda, cuando apenas separaba los dedos de la herida recién sanada.

La afilada y gruesa punta desplegó tres dientes con forma de gancho. En su extremo contrario estaba soldada a una argolla pequeña, amarrada a un cable ligero que se tensó y arrastró a la chica hacia afuera de la terraza a gran velocidad. Roy reaccionó cuando Yuli volaba sobre la avenida. Saltó impulsándose en la orilla y rodeó en el aire su estómago con el brazo izquierdo, desenvainó la espada y partió el cable con un corte ascendente.

Se escuchó un segundo disparo y Roy sintió un fuerte dolor punzante debajo de su rodilla derecha, una segunda fecha se desplegó ahí y arrastró a ambos hacia su diestra. Al otro lado de la intersección se vio la sombra de un individuo que les apuntaba con algo similar a un rifle sobre la terraza de una casa de dos niveles.

El tercer disparo resonó y Roy lo bloqueó con la espada para luego cortar el cable amarrado a su pierna en un movimiento hacia atrás. Apretó su agarre en Yuli, presionando sobre el diafragma y levantó la pierna izquierda apuntando hacia el frente, levemente sobre la horizontal, disparando una explosión desde su pie.

—¡AAAAH! —Gritó Yuli, asustada y con todas sus fuerzas.

Roy se giró en el aire aprovechando el ángulo de la explosión y aterrizó sobre la avenida arrastrando las suelas hasta detenerse a mitad de la última cuadra antes de la frontera. Yuli fue arrastrada con él como una muñeca de trapo que cayó inconsciente sobre el suelo una vez que la soltó.

Los disparos empezaron a sonar uno tras otro y a pesar de que el impulso también lo desorientó, tomó la espada con ambas manos y levantó la mirada sin saber a cuántos enemigos tenía que enfrentar, cuando una poderosa corriente de aire se arremolinó a su alrededor y desvío los proyectiles hacia arriba para luego desvanecerse. Sombras con forma humana empezaron a elevarse sobre los techos, retorciéndose y rompiéndose en gritos agudos y desgarradores.

—¿Qué… demonios? —se preguntó, atónito.

—¡Te encontré!

Desde atrás, una voz femenina se escuchó en un irreal eco que parecía envolver a quien lo escuchara. Roy se volteó inmediatamente, con la espada al frente y poniendo el cuerpo como escudo para proteger a Yuli, encontrándose con una pequeña mujer de suéter blanco, muy delgada, de largo cabello liso y grandes ojos grises, rostro ovalado y piel morena bastante clara.

Caminaba campante hacia ellos con una sonrisa amable y mirada curiosa, como una niña que desbordaba inocencia, mientras flechas iguales a las que hirieron a Roy y a Yuli empezaron a caer del cielo junto a una ligera espesa lluvia roja.

—Ya no hay de qué preocuparse, chico —anunció radiante, notando la tensión en su rostro y deteniéndose a menos de dos metros de ellos—. Nadie va a molestarnos ahora. Mi nombre es Kálika, si yo fuera una

persona talentosa como tú, ¿me responderías un par de preguntas?

VEINTIDOS

El ambiente en el Orfanato luego del bombardeo era más tenso que nunca. Como la mayoría de las personas alojadas ahí venía de Nueva Riazor, muchos habían perdido sus papeles, por lo que entraron el pánico luego de las primeras explosiones. Después de todo, el Orfanato se encontraba a una cuadra del Barrio Noroeste.

Mientras los voluntarios hacían su mejor esfuerzo por calmar a la gente, Mike seguía vigilante pegado a la ventanilla de la puerta esperando por Roy y Matheo.

—Señor portero —llamó una voz femenina entre los caóticos ruidos del patio.

—¿Sí? —Volteó, encontrándose con una hermosa chica pelirroja.

—Discúlpeme, señor portero, ¿ha visto al Supervisor?

—¿Matheo? Salió hace más de media hora. ¿Para qué lo necesitas? —habló despreocupadamente, como si el barrio vecino no acabara de ser destrozado en un bombardeo.

—¿Sa…lió? —Su rostro palideció.

—Ah, sí —siguió con su tono despreocupado—. Pero no te preocupes, confío en que estarán bien.

—¿Confía? ¿Cómo usted puede estar tan tranquilo luego de todo ese alboroto allá afuera? —habló notándose un poco alterada.

—No gano nada entrando en pánico. Además —se giró hacia la puerta, abrió la ventanilla y acercó la cara a ella para ver afuera—, prometí a Matheo y a Roy que esperaría aquí por ellos, debo mantener mi palabra.

—¿Roy?

—¿Lo conoces? Un chico alto con ojos dorados antinaturalmente brillantes. —Cerró la ventanilla y volvió a dirigirse a ella.

—Sí, parece que hablamos de la misma persona.

—Supongo que sí. Entonces, ¿para qué buscabas al supervisor?

—Ah, cierto. Uno de los voluntarios me pidió que buscara al supervisor para consultarle algo, pero si salió… Espero que esté bien.

—Sí… yo también espero que lo esté… —Bajó la mirada, notándose un poco su preocupación para luego recomponerse y volver a su tono aparentemente despreocupado—. Si vuelve, le pasaré tu mensaje.

—Muchas gracias, me voy a avisar entonces. —Se volteó y retornó por donde había llegado.

Mike entonces sacó de su bolsillo el libro que prometió prestarle a Roy, vio hacia la portada y de inmediato sus manos empezaron a temblar. "Vamos, regresen lo antes posible, apúrense", rezó.

VEINTITRES

Yuli seguía sin despertar y su sangre goteaba sobre el pavimento debido a la flecha en su brazo. Roy apoyó casi todo su peso en una pierna a causa de la flecha bajo su rodilla. La hermosa chica del suéter blanco detuvo sus pasos a muy cerca de ellos, con una sonrisa despreocupada y amistosa que para nada combinaba con la situación actual.

—Entonces… ¿tú fuiste quién mató a las personas que nos seguían? —preguntó, con notoria desconfianza.

—Si quieres que responda a tus preguntas, ¿no deberías presentarte adecuadamente primero? —refutó jovialmente, haciendo un poco aguda la voz.

—Supongo que… debo hacerlo.

—Evidentemente debes hacerlo. Es lo común que, si dos descendientes de la Sangre Real se encuentran, se presenten entre sí con cortesía y formalidad. También es lo común que podamos sentirnos en confianza, ¿no?

—Entonces movámonos a un lugar donde nadie pueda vernos.

—Oh, no te preocupes por eso. No hay un solo ser vivo en tres cuadras a la redonda.

—¿Perdón?

—Justo lo que escuchaste. ¿Acaso creías que la “sacudida” de antes era lo único para hoy?

—¿A qué… te refieres? —Su desconfianza crecía al paso que también lo hacía su desconcierto.

—En fin, solo quiero que contestes un par de preguntas para mí, ¿puedes hacerlo?

Si tenía que fijarse solo en su imagen y sus expresiones, Roy no podía desconfiar de ella, pero había algo en sus palabras que desentonaba. Sin embargo, ella tenía razón con algo y era que, por cuestiones históricas, era común que los descendientes de la Sangre Real pudieran considerarse aliados al encontrarse.

El Poder de Dios era un secreto desde hace un par de siglos y se resguardaba tan celosamente, que la existencia y habilidades de otros clanes era un misterio incluso para sus propios descendientes. Ese saludo tan formal que hacía alusión a los talentos era la clave utilizada para delatar la herencia divina que corría por las venas de quien se presentaba.

Sin embargo, no era común recibir la respuesta ideal en todos los casos, desentenderse respondiendo de forma errónea intencionalmente también era algo recurrente y era una opción que Roy consideró en el momento. Pero, ¿qué tan buena idea era ocultarse? Considerando el contexto y que ella solo pidió hablar con él, ¿no era una buena oportunidad para conseguir información extra para su causa? Tomar el riesgo también parecía viable y fue lo que hizo.

—Mi nombre es… Roy Leonhartd Velz. Si fuera una persona talentosa, me gustaría que respondieras mis preguntas en recompensa por responder las tuyas.

—Acepto con gusto tu petición. —Sonrío formalmente y por un momento Roy pensó en que su desconfianza empezaba a derretirse por ello—. Entonces, ¿eres tú el responsable del pilar de fuego que vi antes? Ya sabes, el de las llamas arremolinadas en hermosos colores brillantes.

—Fue algo muy vistoso, ¿eh?

—Digamos que estaba en un lugar con muy buena vista, así que fue algo que llamó mucho mi atención —explicó ladeando la cabeza en una expresión facial encantadora y coqueta—. Entonces, ¿supongo que fuiste tú?

—Sí… fui yo. —Desvió la mirada, intentando mantener la compostura—. La

chica que está detrás de mí… Alguien la perseguía.

—Oh, ¡qué amable de tu parte defender así a una dama!

—Eh… Entonces, es mi turno de preguntar. Por qué… ¿Qué fue lo que te trajo aquí?

—Oh, vaya, qué directo —se burló tiernamente—. Eso es fácil de responder, vine a verte por simple curiosidad. Te seguí rastreando tu olor usando el Talento del Viento.

—¿Mi olor? —Torció las cejas de incredulidad.

—Sí, el olor de ese pilar de fuego. Tengo muy buena nariz, ¿no crees?

—Así… parece. —No sabía si creer que algo así era posible.

—Entonces, Roy, ¿no te dio miedo hacer algo tan llamativo? La Corte Real podría enterarse si alguien salió lastimado, ¿no crees? Supongo que sabes bien lo que pasaría si alguien saliera lastimado.

—¿Viniste hasta aquí para advertirme eso? —gruñó.

—Ya te lo dije, solo vine por curiosidad. De cualquier forma, esa reacción tuya de ahora… parece que no te da miedo la Ley.

—Entonces, ¿qué hay de ti? ¿Fuiste tú quien mató a las personas que nos perseguían? —Su tono ganaba agresividad.

—¿De nuevo esa pregunta? ¿Realmente puedes culpar a alguien por cumplir con su trabajo? —reprochó dramáticamente.

—¿Entonces lo hiciste?

—Sí —suspiró, como si realmente lamentara eso, pero exagerando lo suficiente sus siguientes palabras como para notarse la ironía—. Las personas que te perseguían son parte de un grupo de operaciones especiales de los Libertarios, deberías darme las gracias por eliminarlos por ti.

—Parece que tampoco te da miedo la Ley… —Apretó su agarre en la espada. Ella ni siquiera se tambaleó a pesar de lo aterrador de sus palabras que adquirían un tono cada vez más sádico a medida que hablaba.

—Claro que no. ¿Por qué habría de temerle a la Ley o a la Corte Real? Puedo decirte sin temor a equivocarme, que ambos tienen los días

contados.

—Explícate.

—Acabo de decirlo, solo estoy cumpliendo con mi trabajo. Y aunque no puedo decir que estoy de acuerdo con los objetivos de mis empleadores, la verdad es que los necesito para cumplir mis propios… objetivos… —Hizo una pausa, como si se diera cuenta de algo. Suspiró y pasó nuevamente a su expresión encantadora antes de seguir hablando—, así que esperando que lo entiendas, ¿te molestaría venir conmigo y escuchar la oferta que ellos tienen para ti?

—¿De qué diablos estás hablando?

—Es justo lo que escuchaste, ¿o es que ya estás trabajando para alguien?

—Lo lamento, pero ya estoy en medio de algo.

—Oh, ¿es así? —Pareció desanimarse—. Bueno, no hay de otra.

—Bien, si no tienes más qué decir, me retiro.

Algo andaba mal con ella. Roy no quería afianzarse en alguien que pudiera hablar de matar con esa naturalidad, aun si este pensamiento golpeaba fuerte en su moral. Envainó la espada y se dispuso a levantar a Yuli en brazos sin apartar la vista de Kálika, que mantenía esa sonrisa radiante en su rostro con las manos en la espalda.

—No, está bien, créeme que lo lamentarás más todavía —susurró.

El viento se arremolinó alrededor de ella en una esfera de color blanco brillante que empezó a crecer rápidamente. Roy vio con sospecha ese movimiento y de inmediato saltó, ayudándose de una explosión generada en su pie izquierdo, en dirección a la terraza de una de las casas a su derecha. El domo blanco crecía a gran velocidad, tragándose las casas de la manzana mientras intentaban alejarse lo antes posible.

El viento estalló furiosamente en un pilar de luz blanca tan alto como para disipar las nubes en el cielo. Las edificaciones cercanas fueron arrasadas con la fuerza de un huracán y tanto Roy como Yuli se elevaron varios metros en el cielo junto a los escombros.

Abrazándose a ella con todas sus fuerzas, él ya no era capaz de distinguir dónde era arriba y dónde era abajo. No podía abrir los ojos debido a la gran cantidad de polvo a su alrededor, no podía respirar bien debido a la agitación del aire, todo lo que escuchaba era el rugir del viento y el

choque de los escombros entre sí.

—¡¿Qué diablos es esto?! —se preguntó casi sin abrir la boca.

—¿Sabes? Creo que tengo una buena idea —escuchó la voz de Kálika, imponiéndose irrealmente a todo el ruido del lugar, como si estuviera hablándole al oído.

Todo se volvió silencio después de esas palabras. Él abrió temerosamente el ojo izquierdo, encontrando a Yuli aun en sus brazos con la cabeza recostada sobre su hombro zurdo. Al abrir el otro ojo, todo lo que había a su alrededor era un espacio completamente blanco en el cual flotaban con Kálika frente a ellos.

—Entonces —sonrío con sadismo—, hagámoslo de la forma divertida, Roy.

Capítulo 7

VALENTÍA

VEINTICUATRO

Lo siguiente se sintió como caer desde muy alto, como chocar contra algo. Al abrir los ojos, lo primero que distinguió fue la imagen de la luna ocultándose entre las oscuras nubes en el cielo. La penumbra se acompañó de los gritos y el llanto de muchas personas a su alrededor. Pero Roy no podía ni girar la cabeza para verlas, todo su cuerpo se llenaba de dolor con el mínimo movimiento.

—Hace… frío.

Pasaron unos minutos para que los tejidos se relajaran. Tomó aliento y se levantó, lentamente hasta sentarse. Había restos de láminas metálicas, madera y concreto por todos lados, manchados del profundo y espeso color rojo de la sangre proveniente de algunos cuerpos humanos destrozados, iluminados por cortos lapsos gracias a los relámpagos en el cielo.

—Esto… ¿es un sueño?

Vio de un lado a otro, examinando detenidamente el entorno sin entender nada de lo que estaba pasando. A la derecha el comedor donde fue presentado en su primer día, a la izquierda las oficinas administrativas donde reconoció a Matheo luego de años y al frente la biblioteca que alguna vez prometió visitar mientras estuviera en Los Altos.

—Esto es…

Al girarse para ver lo que había detrás, encontró las miradas horrorizadas de todas las personas en los pasillos del segundo y tercer nivel del dormitorio. Ya no había dudas, el techo de metal se desplomó sobre aquellos que debía resguardar, sobre los refugiados que dormían en el patio del Orfanato, encontrándose Roy en el centro de la tragedia.

—¿Q-q-qué clase de coincidencia… es e-e-esta?

—Oh, ¡te encontré!

El eco de esa dulce voz femenina se manifestó en los alrededores, tal como la primera vez que la escuchó. Buscó con la mirada en todas direcciones, hasta encontrarla apareciendo sobre el techo de dos aguas del comedor con su suéter de lana blanca impoluto, arrastrando del cabello a la inconsciente Yuli con una gran sonrisa que contrastaba completamente con la situación.

—Me alegra ver que sobrevivieras a la caída, Roy.

VEINTICINCO

Dando un salto hacia adelante, dejó caer a Yuli sobre el techo. Aterrizó frente al muro del comedor, entre los escombros sobre el patio, y empezó a caminar en dirección a Roy.

—¿No vas a levantarte? ¿Estás lastimado? —preguntó, con un tono amable, casi tierno.

—¿Qué demonios está pasando, Kálika? —Clavó su mirada furiosa y afilada en ella, evitando prestar atención a sus ademanes.

—Oh, ¿quieres seguir jugando a "preguntas y respuestas"? —Detuvo el paso a menos de un metro de él, mostrando inocente curiosidad e intriga en su rostro, para luego volver a sonreír, diciendo—: Lo siento, ese juego ya terminó. Tengo que trabajar ahora.

—Claro, trabajar, no me jodas.

—No te pongas así. Pudiste enterarte de todos los detalles por las buenas, pero no quisiste. No importa, te enterarás de todos modos, muy pronto. Pero primero…

Levantando la pierna derecha, giró la cadera en una patada que impactó de frente sobre la nariz de Roy, estrellando ruidosamente su cabeza contra el suelo. Los refugiados que sobrevivieron al derrumbe del techo, así como los que observaban de lejos, se escandalizaron ante la escena, corriendo la mayoría en busca de un escondite.

—Ah, qué público tan ruidoso —dijo para sí misma, sin siquiera voltear a ver. Toda su atención estaba sobre Roy, que reposaba entre los escombros, aturdido y con la nariz sangrando.

El escándalo se hacía cada vez más fuerte cuando levantó la mano izquierda, obedeciendo a sus reflejos, para atrapar una pequeña y pesada pierda del tamaño de una pelota de golf. Un lanzamiento débil dirigido a golpear su espalda que vino desde unos cuantos pasos atrás, donde Yuli

apenas se sostenía de pie, aturdida, pero con una mirada que ardía en furia puesta sobre Kálika.

—Oh, buenos días, bella durmiente —saludó alegremente.

—Este día… —jadeaba—. En serio fue un día de mierda.

—¿Oh? ¿En serio esa palabra tan vulgar salió de tu boca? ¿Acaso esta pequeña roca también fue lanzada por tu mano?

—Vete al infierno.

—Oh, vaya, en serio estás enojada. —Salió de su papel, parecía que realmente estaba sorprendida por esa respuesta.

Pero antes que Yuli pensara siquiera en articular sus siguientes palabras, Kálika se lanzó contra ella y acertó una potente patada sobre el costado izquierdo de su estómago, haciéndola escupir sangre. La fuerza del impacto habría lanzado por los aires a cualquier persona normal, pero Yuli resistió usando los escombros junto a sus pies como apoyo, abrazándose a su pierna y dirigiendo un puñetazo con la diestra hacia la garganta.

A poco para impactar contra la tráquea, Kálika tomó su brazo, agarrándose del ancla que atravesaba su carne para detener el golpe. Yuli no era una mujer fuerte ni rápida, tomando en cuenta su Sangre Real y el dolor del jalón fue suficiente para que perdiera balance.

Aprovechando el agarre sobre su pierna, Kálika apoyó el pie izquierdo sobre el suelo y elevó a la pequeña chica, girando sobre su eje, para lanzarla contra el muro del comedor, derrumbándose este a causa del demoledor impacto. Roy apareció desde atrás, sosteniendo la empuñadura de la espada sobre su hombro izquierdo antes de cortar el aire en diagonal con una poderosa llamarada.

El viento se arremolinó en un escudo tormentoso que levantó todo tipo de escombros, disipando las llamas. La corriente arrastró a Roy hasta el otro lado del patio, rodando entre el desorden sobre el suelo, acentuando esto el dolor en su espalda y bajo su rodilla, hasta caer recostado sobre su hombro derecho en un espacio entre varios cadáveres destrozados.

“¿Qué demonios es esto?”, “Esto es una pesadilla, ¿verdad?”, “¡Mamá, mamá!”, “¡Por favor, déjennos tranquilos!”, resonaban los gritos de desesperación de los refugiados.

—Esto… esto es más grande de lo que puedo manejar —susurró, sin poder mover un músculo, con algunas lágrimas brotando de sus ojos.

VEINTISEIS

—Oiga, señorita, ¿está bien? —suplicó la voz de un anciano.

—¿Ella siquiera está respirando? —gruñó nerviosamente una voz juvenil.

—Sí, respira —confirmó una mujer—. El golpe debió aturdirla.

—¿Qué demonios pasa afuera? ¡Esto es una locura! —gritaba un hombre—. ¡Esa chica tiene un pedazo de metal en el brazo!

—¡Cállense! —reclamó la mujer de antes.

Yuli empezó a reaccionar, abriendo los ojos para encontrarse a sí misma recostada en el suelo de una oscura y pequeña habitación con estantes y gabinetes en las paredes. Frente a los orificios de su nariz el índice izquierdo, perteneciente a una mujer de rostro pequeño y ovalado con larga cabellera llena de canas, comprobaba su respiración. Detrás había una pequeña multitud que observaba con preocupación a su alrededor, no podía reconocerlos.

—Está despertando —advirtió la mujer, haciendo señas con la mano para que las personas que la rodeaban dieran un poco de espacio.

—¿Q-qué p-pasó? —preguntó Yuli con la voz débil y apagada.

—Tranquila, estás a salvo ahora —aseguró la mujer—. Mi nombre es Mary, Mary Cartago y prometo que nada malo te va a pasar.

—¿Mary? ¿Dónde estoy?

—Estás en el Orfanato de Los Altos. El muro se cayó sobre ti, pero te sacamos de ahí y te trajimos a la cocina para que nadie te moleste.

—G-gracias.

Demasiado adolorida como para moverse a gusto y con los ojos tan cansados que le costaba distinguir los rostros de las personas, parecía perder calor corporal a una velocidad alarmante. Sus habilidades eran lo más incompatible posible con la situación, pero además de su natural debilidad física, la verdad es que desde Ese día no dormía mucho y comía muy poco.

—Realmente… realmente… ¿soy tan inútil? —Cerró los ojos, ahogándose en sus propias lágrimas mientras las personas a su alrededor apartaban la

mirada.

—Yo no creo que seas inútil —se escuchó el susurró de alguien en su oído izquierdo—. Creo que hiciste lo que muchos de nosotros queríamos hacer y no pudimos por miedo.

—¿Eh? —Abrió los ojos de golpe, distinguiendo apenas esa larga cabellera rojiza a pocos centímetros sobre su pómulo izquierdo.

—Si yo fuera… no. —Levantando la cabeza, mostró su hermosa sonrisa a Yuli—. Como refugiada, quisiera darte una mano.

VEINTISIETE

"¿Qué demonios estoy haciendo?", se preguntó Roy luego de ceder ante el dolor de las heridas que acumulaba hasta el momento. ¿Qué hubiera cambiado si tomaba decisiones diferentes? ¿Matheo estaría vivo? ¿El Orfanato estaría a salvo? ¿Kálika estaría en otro lugar? Bajo el violento torbellino de polvo y escombros, su psique se colapsaba por el peso de cientos de posibilidades y cientos de posibles escenarios.

La ansiedad hizo estremecer todo su cuerpo, hasta el punto en que apenas podía sostener la espada con la mano. Cerró los ojos, rechinó los dientes. Era como si la culpa le estrujara el estómago hasta el punto en que incluso respirar era complicado.

—Debí estar más atento… —se reprochó pensando en que el inicio de la catástrofe podía estar oculto en las calles que inspeccionó dos días antes.

Pero si no era capaz de concentrarse en ese momento, era debido a cosas más profundas. Nada de lo que estaba ocurriendo era responsabilidad suya, pero fácil era creer que más de algo podía hacerse para evitar la destrucción y la ruina en el noroeste del área antigua.

Pero cuando más rápido perdía la cabeza, la tierra se sacudió nuevamente. Roy volvió en sí a medida que los estallidos volvieron a escucharse viniendo en todas las direcciones posibles, acompañados del estruendo propio de los edificios desplomándose junto a cientos de gritos que se sumaban al caos.

—Aun sin mí aquí… ¿esto habría sucedido?

Una pregunta que daba más respuestas de lo que parecía se develó. Roy cayó en la cuenta de que podía no estar siendo lo suficientemente consciente de la situación. Sin darse cuenta, estuvo buscando excusas para no afrontar el desastre. Al momento de conocer a Yuli, al presentarse

como un descendiente de la Sangre Real, al percatarse de que sus inspecciones fueron insuficientes.

Se llenó de vergüenza por pensar en Yuli como un escape a sus responsabilidades, como si ese fallo fuera removido por la información que esperaba de ella. Tragarse el estrés, el miedo y la ansiedad ante la impaciencia por limpiar su nombre se sentía como un deja vu al verlo en retrospectiva.

La flecha que atravesó el brazo de Yuli, las sombras que vio siendo despedazadas en el aire, la sonrisa de Kálika, el pilar de luz y el aterrador tornado que vino después, todo era un recordatorio de lo pequeño e insuficiente que era el hombre llamado Roy Leonhartd Velz.

De nada servía el poder si todo lo que hizo hasta hora fue huir. No era más que un chico intentando minimizar la gravedad de las cosas para protegerse a sí mismo de perder la cordura. Un chico que unos meses atrás no daba la impresión de ser más que una persona común y corriente con una vida aparentemente agradable y apacible. La verdad de Roy y el inicio del camino que lo llevaría a vivir lo sucedido en Los Altos estaba más cerca de lo que parecía.

Pero cuando los recuerdos de ese incendio y las palabras de una mujer diferente de cualquier otra que haya conocido en Los Altos empezaron a repetirse en su cabeza, alguien lanzó un fuerte grito desde los pisos superiores del dormitorio.

—¡Te dije que nos dejes tranquilos!

VEINTIOCHO

Quien gritó no era más que un pequeño niño que no parecía tener más de 10 años pero que se mantenía firme ante la fuerza del viento acomodando una piedra del tamaño de una pelota de baseball entre el caucho de la honda que sostenía con la mano zurda.

Disparó, apuntando levemente a la izquierda de la vorágine, y el proyectil se abrió paso rompiendo la inercia del torbellino hasta impactar contra el ojo derecho de Kálika, haciéndola tambalear. El viento se frenó bruscamente y, aprovechando la apertura, varios hombres y mujeres corrieron ruidosamente hacia ella en un intento por inmovilizarla.

—¿Cómo fue…? ¿Cómo es posible…? —reprochó furiosa, con la mano derecha tapando el sangrando sobre su ojo.

Notando la avalancha de gente que se acercaba, levantó la mirada con un aura demoniaca y abanicó el aire con la otra mano, disparando una onda de choque que hizo retroceder a todos como si se tratara de hojas de papel en medio de un tornado.

Un hombre apareció desde los adentros del comedor, a través del agujero que quedó cuando Yuli chocó contra el muro, abrazándose a ella por la espalda con el brazo izquierdo envolviendo su cuello. Levantó la otra mano, ensartando en el pecho de Kálika las puntas descubiertas de un cable de la conexión eléctrica.

—¡RAAAAAAAAAAAAAAAWN!

Su voz se desgarró en un grito que alborotó el viento lanzando al hombre por los aires, aunque no con tanta fuerza como antes. Las personas que aún podían moverse luego de ser barridos por la onda de choque se levantaron en un segundo intento de abatirla.

Sacándose el cable de encima, Kálika levantó el brazo con la mano apuntando hacia la multitud y cerró el puño. Un par de chispas muy brillantes emergieron de su piel, seguidas de cientos de navajas de aire que despedazaron tanto a las personas como al dormitorio en un remolino de sangre, vísceras y escombros.

Era un espectáculo grotesco y brutal, y todo lo que Roy pudo hacer fue observar con impotencia. El cielo seguía destellando y las primeras gotas de lluvia empezaban a caer. Apenas tenía la fuerza para mantenerse consciente, y así empezó a levantarse haciendo el esfuerzo con sus brazos entre los cuerpos destrozados a su alrededor.

"Quién sabe qué tipo de cara estoy haciendo ahora", se reprochaba sabiendo únicamente que había demasiadas emociones en su interior para enumerarlas o entenderlas. Kálika se giró hacia él, notándose el fastidio ardiendo en sus ojos grises, y levantó nuevamente la mano en un corte horizontal dirigido a cercenar su cabeza.

En las condiciones en que estaba, era imposible para Roy esquivar algo así. En ciertas situaciones, es curioso ver cómo la vida puede depender de mucho más que de uno mismo. Morir no era opción, pero la convicción y la realidad son dos cosas distintas. Esa noche, Roy entendió que incluso las acciones más pequeñas pueden generar grandes golpes de suerte.

En el último momento, un hombre robusto y bajito se metió en el camino. La presión del viento impactó justo sobre su estómago, partiendo su cuerpo a la mitad, bañando a Roy con esa espesa lluvia roja que emergió de su interior.

—¿Mi… Mike? —se percató al ver al portero voltearse hacia él, levantando el pulgar derecho con una gran sonrisa antes de derrumbarse.

“Está sucediendo otra vez”, habló una voz desde lo más profundo de su mente. “Está sucediendo otra vez, Roy, y no pudiste hacer nada”, insistía furiosamente. “¿Vas a dejar que ella se salga con la suya? No tiene sentido. Debes hacer algo. ¿De qué te sirve el Talento de Fuego si al final fueron los refugiados quienes te protegieron? ¿No te da vergüenza?”.

—No, te equivocas… es solo que yo… —Bajó la mirada hacia el suelo.

“No, es cierto, me equivoco. Tú no eres un héroe, tú eres un asesino, un monstruo cuya simple rabieta arrebató la vida a decenas de personas. Lo entiendo, lo entiendo. Un criminal no puede salvar a nadie. ¿Por qué no mejor decidiste escuchar a Kálika? Mira este desastre, ustedes seguramente harían un buen equipo”.

—¿Yo…? No… estás… estás…

“¿Estoy equivocado? ¿No lo correcto sería decir que estamos equivocados? Vamos, acéptalo, asesino”, la voz parecía entristecerse. “Solo deja de fingir que eres el bueno, solo muéstrate como lo que eres”.

—Lo que yo… ¿soy?

“Lo que somos, Roy, lo que somos”.

Capítulo 8

TRAGEDIA

VEINTINUEVE

Entre lo que algo “es” y lo que debe “ser” hay un abismo aterrador lleno de fantasmas y máscaras que arden unos junto a otros preguntándose qué es real en todos ellos y qué no. Pretender ser algo más agradable de lo que se es en la realidad es una ley universal para la humanidad y es por eso que muchas personas dicen que nadie nunca termina de conocer a alguien.

Pero esa falsedad no siempre es voluntaria. Es normal que los niños y niñas crezcan bajo cientos de reglas impuestas por sus mayores sobre cómo comportarse para encajar. Es normal que estos también empiecen a comportarse de acuerdo a la sociedad al darse cuenta que serán rechazados de otra forma.

Los sermones no dejan de llegar. Amar incondicionalmente a los hermanos y hermanas, respetar a los mayores. Siempre ser humilde y nunca presumir por nada de lo que haces. Evitar comportamientos agresivos, evitar comportamientos violentos. Nadie nunca aceptaría a alguien que no es amable. Nadie nunca aceptaría a alguien que busca problemas. Ocultar la debilidad y resaltar lo agradable. Nunca reclamar nada, guardar silencio cuando te hablan.

Pero, ¿hasta qué punto seguir las reglas era ser aceptado por esa sociedad? Era una pregunta que Roy se hizo muchas veces. Claro, quería ser aceptado, pero en el fondo el deseo real detrás de todas sus acciones no era más que tener todas esas cosas que quería tener.

Reír en un grupo grande de amigos, conversar sobre amor con una compañera de clase, chismear alegremente con sus familiares mayores, pedir consejos a mamá, aprender de papá. Tomar un bando y defenderlo hasta el final, salir en bicicleta a explorar las calles de la ciudad. La primera cita, el primer beso, el primer amor.

Un camino que podía traducirse como una búsqueda constante, casi desquiciada, de experiencias. Pero ir tan rápido no siempre significa que todo iría bien, ni siquiera hacerlo cuidadosamente podía asegurar que todo iría bien. No es posible una felicidad absoluta, siempre hay alguien que

sale herido.

Meter el acelerador a fondo solo puede terminar en catástrofe. Amar hasta sufrir es vaciarse dolorosamente hasta la muerte. Al final del camino solo quedan gritos, desprecio, odio, repulsión y el miedo a que todo suceda de nuevo. Sí, al final solo queda la soledad que resulta de quitarse la máscara y mostrar ese "Yo" tan terrible, pero la falsedad es un camino que todos toman alguna vez en la vida. En el mundo no hay buenas ni malas personas, solo gente que toma decisiones.

TREINTA

Una que otra noche, al cerrar los ojos, Roy volvía en sus sueños a ese bosque oscuro de árboles delgados para verlo incendiarse una y otra vez. Los acontecimientos siempre eran iguales y se repetían en perfecta sincronía como una película en bucle. Una película llena de dolorosas imágenes del pasado que bien eran consideradas como un justo castigo por él.

El retumbar en el suelo se desvaneció, así como lo hizo todo el escándalo a su alrededor. El caos que era la Ciudad de Los Altos desapareció de la atención de Roy tras esa conversación interna, dejándose llevar hacia un lugar que no había recordado en los últimos días, un lugar que no quería recordar tampoco, un frío, pequeño y sucio calabozo con suelo de tierra en completa oscuridad.

—¿Cuánto más vas a fingir? —habló la voz que antes escuchó en su cabeza, esta vez desde el exterior.

Entre la penumbra absoluta, frente a él emergió una pequeña llama. Su brillo creció lentamente hasta el punto en que sintió nauseas por lo que había al otro lado. Sentado sobre en la esquina contraria a donde Roy se sostenía sobre sus rodillas y manos había un chico bastante delgado, de piel albaricoque completamente expuesta a la intemperie, llena de moretones y cortes. Su cabello era tan largo como para cubrir su cuello y tapaba su rostro al mantener la mirada fija en la llama que brillaba a la altura de su ombligo sobre la palma de su mano, iluminando su pecho y cabeza.

—Yo… estoy cansado… Roy —habló con voz débil y seca, pero notándose una gran furia en su tono.

—Tú eres…

—Y no hay alguien… que pueda entender mi enojo… mejor que tú.

Roy sabía perfectamente a lo que se refería. Ese cansancio, ese enojo, todo lo entendía por más complejas que fueran esas emociones. Esa voz, esas cicatrices, ese horrible lugar, todo era un reflejo de un pasado y un castigo que obtuvo gracias a su falsedad.

—Claro, tienes razón… —declaró, bajando la cabeza con resignación—. Después de todo, ese enojo es mío.

—Ja, ja, ja, tienes toda la razón —habló una voz diferente, la voz jovial de un hombre animado.

En un parpadeo todo se iluminó y Roy estaba de pie frente a una cama de hospital vacía. A su alrededor la densa neblina y a su izquierda la gran ventana con vista a una ciudad difuminada.

—¿Sabes, Roy? —siguió ese hombre, desde lo profundo de la neblina—. Tal como tú, cometí un pecado terrible, aunque no de la misma forma. Realmente no sé cómo contarte esto… pero vivo mi castigo todos los días hasta el punto en que me he vuelto incapaz de pensar en otra cosa. No quiero que sufras el mismo destino que yo, no quiero que te seques hasta un punto en que la vida sea solo un montón de imágenes aburridas. Quiero creer que aún hay tiempo para que te redimas, para que sanes tus heridas.

Cerró los ojos luego de esas palabras que solo le traían un pensamiento a la mente después de escucharlas. Los recuerdos de sus días en esa mazmorra empezaron a manifestarse. El dolor de ser golpeado y apuñalado indiscriminadamente, el hambre, la sed, la suciedad y las palabras de todas las personas que entraron a ese lugar para destrozar su humanidad.

“Dios te dio ese poder para proteger a la gente”. “¿Cómo pudiste hacer algo así?”. “¡Maldito bastardo! ¡¿Acaso odias a Dios?! ¡¿Acaso esta es tu forma de blasfemar su nombre?!”. “¡Estás loco! ¿Cómo pudiste traicionar así a tu Padre Divino?”. “Incluso mataste a la amiga que tanto te quería, ¿cómo es que tienes el valor para seguir con vida?”. “¡Deberías morir! ¡Deberías matarte!”. Eran cientos de palabras con las que estaba de acuerdo, un pecador tan terrible no debería intentar refutar algo como eso.

—Lo sé, debería morir —resolvió—. Pero… ya estoy cansado de vivir siendo lo que “debo” ser.

Abrió los ojos para encontrarse en la estación del tren de la Ciudad de Los Altos, de noche, entre cientos de personas que subían y bajaban de los trenes. Tres metros adelante, estaba la persona que vio en el calabozo,

una versión maltratada y desnutrida de sí mismo que levantó la cabeza para verlo con nostalgia.

—Está sucediendo otra vez, ¿qué vas a hacer?

—Voy a quemarlo todo. —Mantenía la mirada hacia el suelo, con el cabello cubriendo su rostro. Su voz parecía un poco triste, pero no había una pizca de duda en esas palabras.

—¿Por qué tan tarde?

—Ya no hay nada qué perder.

—Entonces vas a terminar de destruirlo todo… ¿solo porque ya no hay alguien a quien salvar?

—Oye. —Levantó la cabeza con los ojos desbordados de lágrimas—. Esto es lo único que se me ocurre…

—Si ese es el caso —habló una mujer.

Las personas desaparecieron y todo se iluminó instantáneamente hasta el punto en que parecía mediodía. El suelo se cubrió con una blanca, brillante y gruesa capa de fino polvo que caía del cielo. Frente a Roy ya no estaba la imagen de su "Yo" pasado, en su lugar ese dorado cabello ondulado caía en una suave cascada sobre esos pequeños hombros cubiertos por la sucia capa de piel de color marrón.

No era muy alta y a diferencia de la última vez, su hermoso rostro ovalado con rasgos de quinceañera era visible. Su pequeña nariz, su diminuta boca rosa y esos grandes ojos de rubí se configuraron en una blanca expresión aparentemente apática con una sonrisa apenas distinguible.

—Si ese es el caso —repitió, sin emoción alguna en su tono—. Dejaré que las almas del Irkalla impulsen tu desesperación y tomaré tu nombre como el de mi propio hijo.

TREINTA Y UNO

El fuego emergió furioso entre el suelo y la piel, extendiéndose en torno a Roy en una violenta espiral incandescente que ascendió en forma de un brillante y colorido pilar hacia los cielos. La alborotada ráfaga de viento se expandió levantando escombros y cuerpos por los aires, carbonizando todo lo que tocaba.

Siguiendo sus reflejos, Kálika levantó la mano con la palma abierta hacia el frente, poniendo una barrera eólica a contra la violenta corriente ventosa. Normalmente bastaría con eso para recuperar el equilibrio y tomar el control de la situación, pero dicha defensa, que solo era efectiva contra para disipar la energía cinética de los ataques enemigos, poco podía hacer contra la enceguecedora luz y el intenso calor.

El pilar se separó en cientos de hilos de fuego que se amarraron a Roy, quien parecía adormecido y sin reaccionar de ninguna forma ante la gran vista; elevándolo hacia el cielo, más alto que los edificios de mayor estatura, y envolviéndose sobre su cuerpo en una pequeña esfera de color naranja que fue perdiendo brillo poco a poco.

—No puede… ser —susurró Kálika aterrada.

Se dio la vuelta y, usando el Talento del Viento, dio un gran salto hacia arriba. “Tengo que alejarme, tengo que alejarme”, se repetía frenéticamente mientras volaba usando las corrientes de aire. Debajo, el bombardeo seguía ejecutándose y el caos se intensificaba, ¿pero quién iba a prestar atención a eso sabiendo lo que sucedería después?

La esfera llegó a un punto en que su brillo casi se apagó cuando toda la energía condensada se desató en la explosión más grande de todas. El cielo se iluminó como si fuera mediodía, fue como si el sol estallara sobre la Ciudad de Los Altos, las nubes de tormenta se desvanecieron gracias al intenso calor y la onda de choque levantó una avalancha de tierra y escombros de varios metros de altura que arrasó todo a kilómetros del epicentro, donde las llamas se retorcían tomando la forma de un enorme ave de fuego de grandes alas y larga cola.

No había un lugar seguro al cual huir. El impacto era catastrófico más por su velocidad que por cualquier otra cosa. Viendo cómo el alud estaba a punto de sepultarla y sabiendo que no era lo suficientemente rápida como para escapar, Kálika se encerró nuevamente en esa blanca y brillante esfera de viento que estalló en un gran pilar de luz ascendente, desintegrando parte de la avalancha y desatando un tornado suficientemente fuerte como para anular gran parte de la energía de la onda de choque.

El cielo fue visible para ella y con ello lo fue también esa hermosa ave de fuego que volaba en círculos en el azul celestial. La vista era apacible y la piel se le quemaba a pesar de estar a cientos de metros debajo. Lo que estaba sucediendo, por más absurdo que fuera, nadie podía entenderlo mejor que Kálika. El pilar de fuego, el pequeño sol, la explosión más grande de todas y las alas que se alzaron luego del desastre. Los patrones del desastre ya los conocía perfectamente.

—Eres igual que yo… —susurró emocionada, extendiendo la mano como si intentara alcanzar esas brillantes alas—. ¡En serio eres igual que yo!

Ese grito resonó en todas las direcciones, probablemente gracias al Talento del Viento, llamando la atención del ave, que se lanzó en picada hacia ella con el pico abierto. Exhausta tras ese último movimiento, Kálika ya no podía hacer nada para defenderse o siquiera resistirse a la fuerza de la gravedad.

—Oh, qué manera más lujosa de morir —resaltó, cerrando los ojos con satisfacción—. Mi deseo al fin va a cumplirse.

El calor se incrementó a medida que la distancia se acortaba entre los dos cuerpos. Esa sensación estaba muy lejos de compararse con el acercamiento a una fogata, más bien se sentía como acercarse estúpidamente al sol. Pero cuando quedaban metros para ser tomada por ese incandescente pico, algo similar a una cuerda se enrolló al vientre de Kálika.

—¡Mi señora! —retumbó el grito de una persona conocida, antes de ser arrastrada lejos del alcance de la muerte.

Abrió los ojos y reconoció los tentáculos delgados de color púrpura muy oscuro que la salvaron. El ave alzó las alas para frenar la caída y se elevó nuevamente. Ambos estaban ya muy cerca del suelo, quizá quedaban unos pocos metros de caída. Kálika giró la mirada en dirección al origen del tentáculo y sonrío al ver esa máscara blanca con rasgos de doncella al final del apéndice.

—¡¿Docce?! —llamó sorprendia, un poco aliviada.

Pero a él no pertenecía la voz que reconoció antes. El ave se dio vuelta en el aire, lanzándose nuevamente contra Kálika a una velocidad aterradora. Pero cuando estaba a punto de atraparla con el pico otra vez, apareció un hombre alto y fornido para obstruir el ataque con un gran puñetazo bajo su ojo diestro. Él giró la mirada hacia ella, mostrando su máscara con detalles demoniacos.

—¿Demon? —susurró al ubicarlo, incrédula.

El golpe fue tan fuerte que el ave cayó al suelo y rodó un par de veces antes de recuperar el equilibrio. Al levantarse, alzó las alas en una pose intimidante, rugiendo furiosamente contra Demon, que se puso en el camino entre Kálika y el monstruo, con el brazo izquierdo (el que usó para golpearlo) completamente carbonizado.

—¿Qué demonios estás haciendo? —reprochó ella a todo pulmón al caer sobre los brazos de Docce, quien se alejó rápidamente de la escena dando

grandes saltos.

Demon se quedó atrás, cubriendo la huida. No reaccionó de ninguna forma, ni dijo una sola palabra. Levantando el puño que le quedaba, encorvó su cuerpo como preparándose para golpear nuevamente al aterrador enemigo. “No importa si su poder es tan grande como el Sol, no dejaré que se acerque a mi señora”, se juró.

TREINTA Y DOS

Para Kálika no había algo más valioso que la experiencia. Era una mujer pragmática que confiaba ciegamente en las probabilidades. “Los ideales son cosa de gente sin recorrido que no tiene nada en la vida más que sueños e ilusiones”, recitaba tercamente cada que podía.

Para ella era lógico decir que las personas se volvían más cuidadosas a medida que crecían. “La experiencia te salva de los sueños alejados de la realidad”, y era esa misma experiencia la que le aseguró que Demon sería aniquilado rápidamente si decidía pelear.

En situaciones complicadas siempre hay dos opciones, enfrentar o retirarse. Del mismo modo, siempre hay más de un resultado posible. Las condiciones, el lugar, los antecedentes y los deseos de los personajes involucrados, todo es influyente a la hora de determinar una posibilidad. Pero también es cierto que la experiencia juega un papel muy importante a la hora de hacer este tipo de apuestas.

Desde niña, Kálika investigó cada misterio relacionado a la mitología de la Gran Nación de Ceres y su legendaria Sangre Real. Pero lo que sabía sobre lo que estaba sucediendo, la razón por la que era igual a la persona dentro de esa hermosa ave de fuego, no era algo que experimentó como una simple espectadora. Todo lo que sabía al respecto era porque lo vivió en primera persona.

Las similitudes eran demasiado como para ignorarlas. “Un poder tan devastador como ese no sale de la nada”, resaltó antes de enterrar las uñas en el pecho de Docce. La vitalidad del enmascarado fue drenada hasta el punto en que su cuerpo se sintió frío y sus músculos fallaron, derrumbándose entre la tierra quemada.

La caída hizo que Kálika rodara un poco más lejos de él, levantándose rápidamente ahora que había recuperado las fuerzas. Alzó la mirada hacia el cielo, donde el temible Dragón aguardaba por ella en lo más alto. “Seguro Demon ya es carne quemada”, infirió.

—Realmente te convertiste en algo aterrador, Roy —remarcó auténticamente impresionada—. Verte ahora es como ver al sol, ciertamente es increíble, la vista es tan hermosa que casi me duele que todo esto sea causa de tu sufrimiento.

—Se…ñorita… —A su espalda, Docce se arrastraba sobre la tierra en un intento de alcanzarla con las manos sin que ella le prestara atención—. ¿Por… qué…? De…mon querí…a

—Lo que Demon quiera no es problema mío, Docce —respondió volteando de reojo con un fuerte tono de desprecio—. Los "Artificiales" no deben meter sus narices en asuntos de la auténtica Sangre Real.

—Pero… nosotros… nosotros somos… —Extendió la mano derecha, casi alcanzando su talón cuando ella empezó a caminar.

—Ustedes no son nadie.

—Señori…ta… por… favor…

Nada había que Docce pudiera hacer para detenerla, luego de esas palabras cayó desmayado. El ave esperaba en lo más alto, planeando con las alas extendidas y con los ojos fijos en Kálika, que se acercaba caminando mientras el cálido viento a su alrededor se enfriaba y arremolinaba en torno a ella en un blanco y brillante domo que se expandió en todas direcciones, tan rápido, tan lejos y tan alto que el ave no tuvo tiempo de escapar, y al estar dentro, donde cielo y tierra eran completamente albinos, empezó a agitarse frenéticamente al paso que su cuerpo se deformaba y perdía tamaño.

—Si tú secas todo al convertirte en el sol, yo lo controlo todo al convertirme en la nada —susurró, como si lamentara decir esas palabras.

Encorvó las rodillas y se lanzó como una bala contra él. Enterrando el puño derecho en el centro de la amorfa masa incandescente, abrió la mano y las llamas se deshicieron al paso que el viento se expandió. El cuerpo inconsciente de Roy se separó del fuego, cayendo suavemente en sus brazos.

—Todo esto porque te hiciste del rogar… —lamentó.

La temperatura descendió de golpe y el amarillento brillo que incluso iluminaba el cielo afuera de ese absoluto blanco se desvaneció un poco. Bajo el domo, que cubría más de la mitad de la ciudad en ese momento, la presión se incrementó tanto que incluso los edificios del área moderna que estaban más alejados fueron aplastados junto a todos los seres vivos sobrevivientes hasta deshacerse en un fino polvo blanco que se elevó hacia el cielo en un gran pilar de luz y viento que incluso podía verse

desde las ciudades más lejanas.

Kálika escupió sangre debido a los efectos de la explosión del domo, cierto era que la Sangre Real era mucho más resistente que cualquier ser humano común, pero el dolor de las quemaduras, de la herida en su ojo y de sus órganos siendo destrozados por el retroceso de este último movimiento seguían ahí por más que intentara ignorarlos. Sabiendo que había excedido su límite, se abrazó a Roy, perdiéndose ambos entre el brillante blanco de la tragedia.

TREINTA Y TRES

Cuando amaneció, la floreciente Ciudad de Los Altos había desaparecido dejando un paisaje muerto en su lugar, cubierto por una gruesa capa de fino polvo blanco y brillante. El Sol brilló durante unos minutos esa fría madrugada, desatando toda su furia hasta que la Nada se encargó de devolverlo todo al silencio.

No hubo testigos para narrar la catástrofe, o al menos ninguno fue encontrado durante los operativos de rescate de las fuerzas militares de la Corte Real. Las noticias llegaron rápidamente a cada rincón de la Gran Nación de Ceres y la incertidumbre y el temor crecieron rápidamente en la población.

La moral del país en su totalidad estaba herida, más porque las señales estuvieron siempre ahí y fueron pasadas por alto. Un desastre así no sale de la nada. Los acontecimientos que llevaron a la aniquilación de Los Altos venían gestándose desde mucho tiempo atrás y significarían el inicio de los años más atroces desde la gran guerra de la antigüedad de la que hablan las leyendas.

Así es la humanidad de cualquier forma. La libertad y la paz son efímeras, así como también la tiranía. Pero si es necesario sacar una enseñanza de esta historia, primero hay que adentrarse a profundidad en ella. Los Altos no es el comienzo, es más bien una pieza entre muchas otras de un gran rompecabezas. Un simple punto en el tiempo que resulta adecuado por ser el que trajo a la realidad a un país que presumía de su superioridad en todos los sentidos.

La influencia de una persona sobre el destino de muchas más puede ser aterradora, pero es justamente sobre eso de que trata esta guerra. Este es nuestro punto de partida en una carrera por tomar el control de la causalidad.

Capítulo 9

NOTA DEL AUTOR

¡Hola! ¡Hemos llegado al final de La Ciudad de Los Altos! ¿Qué tal te pareció la historia?

Mi nombre es Randy, mucho gusto. Como autor se me ocurrió hacer esta nota como una forma de mostrarme ante los lectores, ya saben, para que la interacción sea un poco más cercana.

Este es mi primer trabajo terminado abierto al público y la verdad fue una experiencia muy interesante hacer esta publicación online. Tuve muy buenos momentos escribiendo y pensando en esta historia así como tuve otros que no fueron tan agradables, más bien fueron estresantes.

Pero claro, cuando de verdad te esfuerzas en algo es casi imposible trabajar hasta el cansancio porque quede bien. Esta no es la historia más impresionante del mundo, ni la más innovadora, ni la más profunda, pero de todo corazón espero que las situaciones que he plasmado en ella queden en tu mente y te dejen con ganas de leer los siguientes volúmenes.

Y claro, también quiero agradecer profundamente a:

- Javier Isidro, por el diseño de la portada,
- Rosario Sáenz, por las revisiones ortográficas, y
- Walter Morán, por sus sugerencias y observaciones.

Si te agradó la lectura o tienes alguna sugerencia eres libre de dejarla en los comentarios, estaré gustoso de leerte. Agradezco de nuevo que llegaras hasta este punto de todo corazón, nos vemos pronto.